

EL SANTUARIO: CÓMO ENTENDERLO FACILMENTE

CONTENIDO

Capítulo 1: Cristo el Camino	01
Capítulo 2: Cristo el Cordero de Dios.....	11
Capítulo 3: Cristo el Sacerdote	16
Capítulo 4: Cristo el Divino Matemático	22
Capítulo 5: Cristo Nuestra Expiación	26
Capítulo 6: Cristo, Abogado ante el Padre	33
Capítulo 7: Cristo la Respuesta	36



Capítulo 1: Cristo el Camino.-

Comencemos proclamando una buena noticia: ¡Dios te ama! Te ama de tal manera que desea llevarte a vivir con él. A menudo, cuando nos vemos con amigos que queremos de veras, nos da gusto decir: “¿Y por qué no vienen a quedarse con nosotros un par de días? Tenemos una habitación disponible para ustedes. Vengan a quedarse una semana o más si desean”. Sin embargo, esto no significa lo mismo que si les dijéramos, “¿Por qué no se vienen a vivir con nosotros?” Este es un pedido de carácter permanente. Es por eso que el Señor Jesucristo pronunció las siguientes palabras en Juan 14:1-3:

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mi mismo, para que donde yo esté vosotros también estéis”.

Dios nos ama tanto que anhela el día en que nosotros podamos vivir con él eternamente.

Esto nos lleva a la primera pregunta importante: *¿Por qué no estamos ya en el cielo?* ¿Por qué es que Cristo no ha regresado ya tal como lo prometió? ¿Será un problema de *distancia*? Yo no lo creo así porque es un hecho que Cristo ha visitado esta tierra numerosa veces. Recordaréis que él pasó siete días aquí durante la semana de creación y que frecuentemente visitaba a Adán y Eva en el Huerto de Edén. De hecho, él solía salir a caminar con Enoc. Visitó el antiguo patriarca Abrahán y comió con él en su tienda. Habló con Moisés sobre el monte Sinaí. Y durante siete años habitó en un Tabernáculo en el desierto. Leemos cómo Jesús vino al mundo en la forma de un bebé nacido en Belén y vivió entre la humanidad por espacio de treinta y un años. De manera que las Sagradas Escrituras establecen que Cristo ha estado aquí numerosas veces. ¡La distancia no constituye un obstáculo para él!

Enfoquemos el asunto de otra manera. ¿Será tal vez un problema de *tiempo*? Puede ser que todavía no sea el tiempo propio para el regreso de Jesús. Pero esto es imposible debido a que casi todas las señales de los eventos finales anunciadas por él ya se han cumplido, o están en proceso de cumplirse ante nuestros propios ojos. Los escépticos, ateos y políticos todos están de acuerdo que algo portentoso está a punto de suceder. ¿Cuál será el problema? ¿Por qué no ha venido Cristo?

Yo creo que puedo expresar la razón de estas palabras breves y sencillas: ¡Dios encara un gran problema! ¿Cómo ha de salvar al pecador sin salvar su pecado? ¿Cómo ha de destruir el pecado sin destruir a los pecadores? En términos bien francos, ¿Cómo ha de eliminar el pecado sin eliminarte a ti y a mí? ¿Cómo ha de llevarnos al cielo sin transportar también nuestra misma de pecado? Eso propagaría la muerte por todo el universo. Sin duda alguna, Dios encara un problema de lo más serio.

Ahora bien, algunos teólogos alegan tener la respuesta al problema que Dios encara. Son semejantes a aquellos padres consentidores que piensan que sus hijos por su cuenta se apartarán de sus malos caminos al hacerse adultos, y sostienen que todo lo que es preciso hacer es manifestarles bastante amor. No obstante, la experiencia nos demuestra que ellos están totalmente equivocados. De igual manera, existen algunos teólogos consentidores que enseñan que si solo se predica suficientemente el amor, la gente creerá en Dios y aceptará la salvación. Al fin y al cabo-razonan ellos-Dios sobreabunda en misericordia, gracia y perdón y no le exige a nadie una obediencia estricta.

Dichos teólogos aseveran que Cristo le otorgó una salvación incondicional en la cruz a toda la humanidad y que todo lo que tiene que hacer el ser humano es solamente “creer”. Dicen que el pecador no debe preocuparse si sigue en el pecado y que, al fin y al cabo, el ser humano nació para pecar y le es imposible dejar de pecar en esta vida. Algunos hasta enseñan que cuando Jesús regrese por segunda vez implantará al instante en todo pecador un nuevo corazón o mente para que jamás vuelvan a pecar. De esta manera quedará solucionado el problema del pecado. ¡No creáis tal cosa! Dicha enseñanza es un invento del mismo diablo.

La sierva del señor a escrito: “La religión liviana que hace del pecado algo de poca gravedad y que constantemente se detiene en el amor de Dios hacia el pecador, anima a éste a creer que Dios lo salvará mientras continúa en el pecado, sabiendo que es pecado. Esta es la forma en que muchos proceden mientras profesan creer la verdad presente. La verdad está separada de sus vidas, y esa es la razón por la cual no tienen más poder para convencer y convertir el alma”. 3MS:175.

Pensemos esto bien. Si fuera verdad que al venir por segunda vez Cristo obra el singular milagro de cambiar la mente y el carácter a la santidad en un instante, entonces los ateos tendrían razón en culpar a Dios por todos los males que existen en el mundo. ¿Acaso no era capaz Dios, aun desde la época de Adán, de hacer inmediatamente impecables a sus seguidores que creían en él? No os dejéis engañar por estas falsas enseñanzas de la nueva teología. Definitivamente, Dios tiene una manera de solucionar el problema del pecado y es la de salvar a su pueblo *de* sus pecados y no *en* sus pecados. Esto está ampliamente demostrado en los servicios del santuario mediante el rito del derramamiento de la sangre de un cordero sin mancha.

Recordemos que Jesús dijo, “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6). Y si nosotros le seguimos al santuario donde él lleva a cabo su ministerio hoy, entenderemos bien su método. Esto es verdaderamente una buena noticia porque Jesús puede resolver el problema del pecado, haciendo posible la vida eterna a todo pecador que acepte el sacrificio de Cristo y siga su método de apartar de nosotros el pecado. ¡Alabado sea Dios! “Dios, santo es tu camino” (Salmo 77:13).

Veamos ahora algunos pasajes de las Sagradas Escrituras que nos revelan que existe hoy día un santuario en el cielo y que en los tiempos del Antiguo Testamento había un santuario en la tierra. Leamos primero Hebreos 8:1-2. Nótese que es un pasaje que se refiere al santuario *celestial*: “...tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la majestades los cielos. Él es ministro del santuario y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre”. Pasemos ahora a Hebreos 9:1-2 donde leemos acerca del santuario *terrenal*: “Ahora bien, aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal, pues el Tabernáculo estaba dispuesto así...”

Hemos, pues, descubierto que el Nuevo Testamento declara que hay un santuario en el cielo, y que también existió un santuario terrenal. Por lo tanto pasemos al Antiguo Testamento y leamos acerca del santuario que había en la tierra. En Éxodo 25:8 el Señor declaró: “Me erigirán un santuario y habitaré en medio de ellos”.

Por medio de símbolos, el santuario terrenal nos enseña cómo es que Dios resuelve el problema del pecado desde su santuario celestial. Esto nos capacita para entender cómo es que Dios hace la separación entre el pecado y el pecador, que es precisamente la obra que se efectúa allí. De hecho el santuario terrenal consistía de tres partes: el atrio exterior, el lugar santo y el lugar santísimo. (Véase la Figura Núm. 2, pág. 8). En cada uno de estos sitios se llevaba a cabo un servicio por separado, uno en el atrio exterior, uno en el lugar santo, y otro dentro del lugar santísimo. Estudiaremos cada uno de

estos tres servicios para que entendamos cómo cooperar con Cristo mientras él se dedica a resolver nuestro problema del pecado. Cuando Cristo finalmente haya separado el pecado de nosotros, podremos con el tiempo reunirnos con nuestro Salvador en el cielo y vivir con él donde no habrá más pecado.

Yo sé que todos anhelamos estar con nuestro Salvador en el cielo. Pero, ¿Cómo se logrará esto? El acto *final* que determina la separación entre el pecado y el pecador no se llevó a cabo sobre la cruz, como lo enseñan y lo creen muchas personas. Este acto final de expiación del pecado se realiza más bien dentro del lugar santísimo del santuario celestial. Por esta razón leemos en el CS:543: “La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz. Con su muerte dio principio a aquella obra para cuya conclusión ascendió al cielo después de su resurrección”.

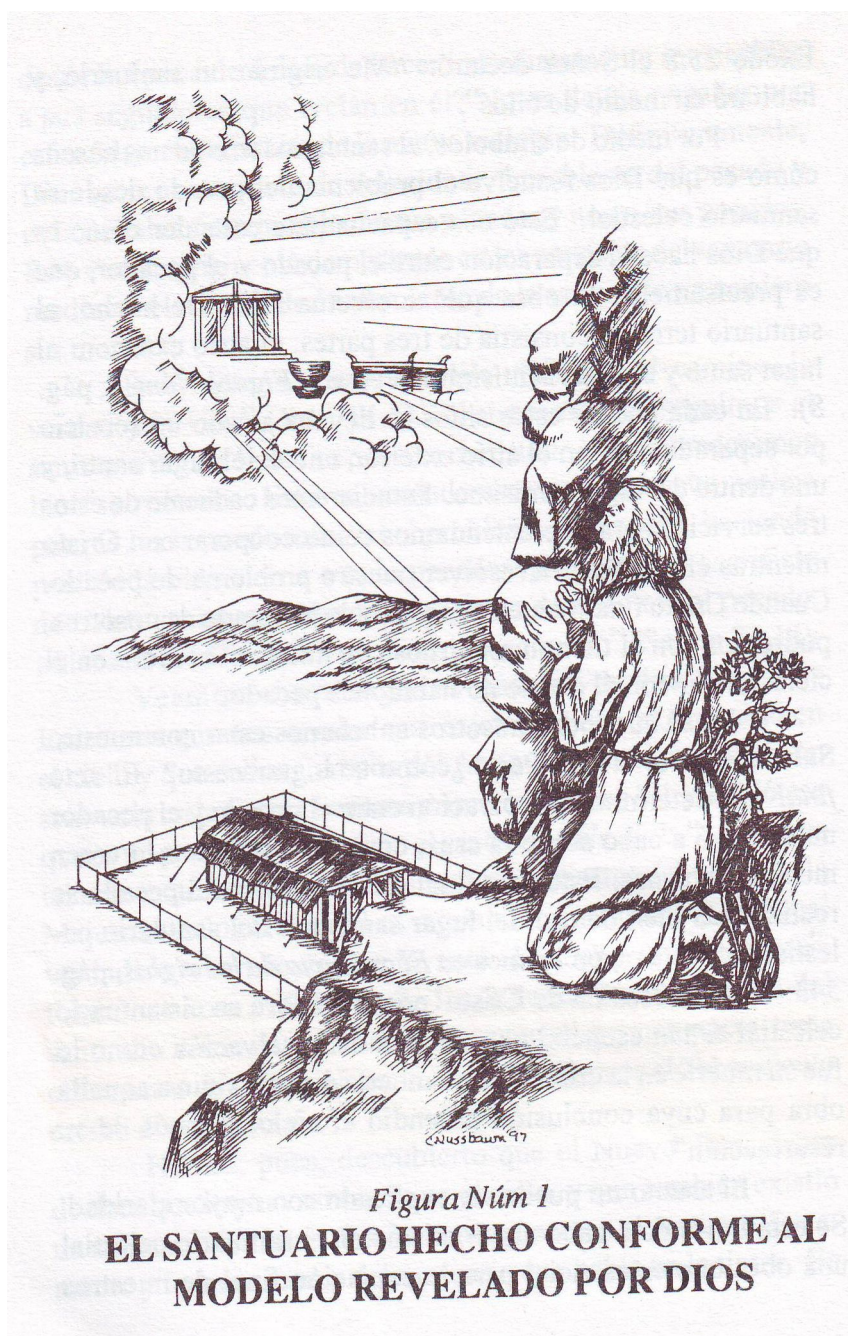
El asunto no puede ser explicado con mayor claridad. Se está llevando a cabo ahora mismo en el santuario celestial una obra que es esencial para la expiación final de nuestros pecados. El sacrificio de la cruz no obró la separación entre el pecado y el pecador individual, sino que hizo una “provisión” mediante la cual Cristo paga el precio del pecado de todo aquel que se aprovecha de ella.

Así que, la resolución determinante o eterna del pecado que se lleva a cabo en el segundo departamento del santuario no se podrá lograr sino hasta cuando se haya completado la obra del primero. De la misma manera, la obra del primer departamento no puede realizarse hasta después de haber sido ofrecido el sacrificio sobre el altar del atrio exterior. Por lo tanto, es de suma importancia recordar que estos tres pasos distintos son necesarios para obrar una separación eterna entre el pecado y el pecador.

Cuando Dios le dio instrucciones a Moisés para la construcción del santuario terrenal, le ordenó: “Conforme a todo lo que yo te muestre así haréis el diseño del tabernáculo...” (Éxodo 25:9. Véase la Figura Número 1). Sin embargo, hubo una excepción. En lo que a escribir la Ley se refería, Dios dijo, en efecto, “Moisés, esto es algo que me toca a mí”. Fijémonos bien en las palabras de Dios en Éxodo 31:18. “Y dio a Moisés, cuando acabó de hablar con él en el monte Sinaí, dos tablas del testimonio, tablas de piedra escritas por el dedo de Dios”.

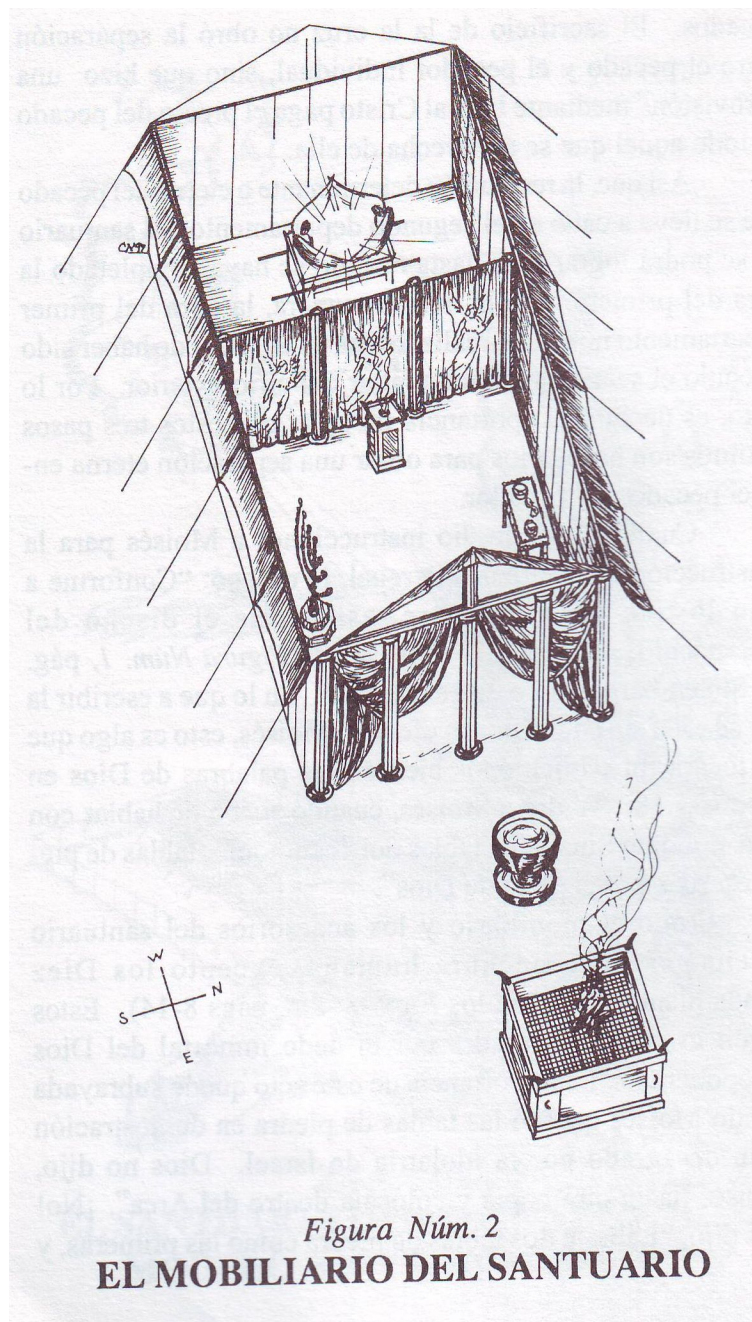
Todo el mobiliario y los accesorios del santuario terrenal eran de hechura humana, excepto los diez Mandamientos. (Véanse las Figuras 2 al 8). Estos fueron grabados en piedra por el dedo inmortal del Dios Todopoderoso. La importancia de este acto quedó subrayada cuando Moisés quebró las tablas de piedra en demostración de su desagrado por la idolatría de Israel. Dios no dijo, “Moisés hazte otra copia y colócala dentro del Arca”. ¡No! Dios dijo, “Lábrate dos tablas de piedra como las primeras, y sube hasta mí monte. Hazte también un arca de manera. Yo escribiré en esas tablas que quebraste, y tú las pondrás en el Arca” (Deut. 10:1-2). Fue Dios quien escribió la Ley por segunda vez con su dedo divino. Por lo tanto, los diez Mandamientos se destacan por encima del resto de la Biblia debido a que fue Dios mismo quien los escribió.

Los sesenta y seis libros que componen la palabra de Dios fueron escritos por hombres que estaban bajo la inspiración del Espíritu Santo, pero los Diez Mandamientos fueron escritos directamente por el mismo Dios. ¿Por qué? Porque Dios no quería que ninguna influencia humana deformara su divina Ley. Los Diez Mandamientos son una copia de la Ley del cielo la cual es un trasunto del carácter santo de Dios. Por eso, al leerlos, estamos frente a un gran documento original: La Ley de Dios, está seguramente guardada en el seno del santuario celestial.



Recordemos que unos sesenta años después de Cristo haber sido crucificado y de haber resucitado y ascendido al cielo, Dios le reveló el santuario celestial a Juan en visión. ¿Y qué fue lo que vio? Declara Juan: “El templo de Dios fue abierto en el cielo, y el Arca de su pacto se dejó ver en el templo” (Apocalipsis 11:19). Después de la cruz, hemos de fijar la vista en el santuario celestial en el cual está la Ley de Dios. ¿Por qué razón? Porque Dios quiere que los que estamos viviendo en estos últimos días sepamos que hay una buena y una mala manera de vivir. Se nos ha dicho, “...por medio de la Ley es el conocimiento del pecado” (Rom. 3:20). En una traducción inglesa, la de Philips, este pasaje se expresa más o menos así: “Es el filo recto de la Ley lo que nos demuestra cuán torcidos estamos”. La Ley es realmente un trasunto del carácter de Dios. En el libro HR:19, leemos que Dios ha hecho las leyes que ha promulgado iguales a sí mismo. Luego, en el DTG:275, leemos lo siguiente concerniente a la ley de Dios: “...los preceptos del Decálogo son tan inmutables como el trono de Dios”. Son una viva

expresión de su carácter. De manera que cuando contemplamos y estudiamos la Ley de Dios, estamos estudiando el carácter del mismo Dios.



En el lugar santísimo del santuario nos ponemos en relación directa con la Ley de Dios porque allí se encuentra dentro del Arca como representación del carácter de Dios y como norma divina de conducta. En Ecle. 12:13-14 tenemos la siguiente declaración: “El fin de todo el discurso que has oído es: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre. Pues Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa oculta sea buena o sea mala”. El apóstol Santiago dice claramente: “...porque cualquiera que guarda toda la Ley, pero ofende en un punto, se hace culpable de todos, pues el que dijo: -No cometerás adulterio-, también ha dicho: -No matarás-. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la Ley. Así hablad y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la Ley de la libertad” (Santiago 2:10-12). Sí, hay un castigo para la

transgresión de la Ley, y ese castigo es la muerte. Dios declara: “El alma que peque, esa morirá” (Ezequiel 18:4). Según vamos leyendo las escrituras, nos damos cuenta de que esta verdad se enfatiza en muchos otros versículos, como por ejemplo: “...porque la paga del pecado es la muerte” (Rom. 6:23) y “...por cuanto todos pecaron” (Rom. 3:23). Ante la Ley de Dios, todos aparecemos como pecadores.



Esto nos trae de vuelta a la consideración del problema del pecado ¿verdad? En vista de que todos hemos pecado, ¿cómo será posible que Dios separe nuestros pecados de nosotros para que podamos ir al cielo y vivir con Jesús, en lugar de morir por causa de nuestros pecados tal como lo exige la Ley? Para conseguir la respuesta, regresemos al santuario y descubramos cuál sea el primer paso en este proceso de obrar la separación entre el pecado y el pecador. Es una obra que se efectuaba en el atrio del santuario. Dios describe lo que se efectuaba allí: “Si alguna persona del pueblo peca involuntariamente, cometiendo una falta contra alguno de los mandamientos de Jehová en cosas que no se han de hacer, es culpable. Luego que se le dé a conocer el pecado cometido, presentará como ofrenda una cabra, una cabra sin defecto, por el pecado que cometió” (Lev. 4:27-28). ¿Qué hacía el pecador después? (Véase la Figura Núm. 9). “Pondrá su mano sobre la cabeza de la ofrenda de expiación y la degollará en el lugar del holocausto. Luego el sacerdote tomará con su dedo de la sangre, la pondrá sobre los cuernos del altar del holocausto y derramará el resto de la sangre al pie del altar. Después le quitará toda su grasa, de la manera que le fue quitada la grasa al sacrificio de paz y el sacerdote la hará arder sobre el altar en olor grato a Jehová. Así hará el sacerdote expiación, por él y será perdonado” (versos 29-31). ¿Cómo se llevaba a cabo esto? Leamos los versículos 5 y 6 de este mismo capítulo: “Después el

sacerdote ungido tomará parte de la sangre del becerro y la traerá al Tabernáculo de reunión”. De modo que el sacerdote lleva esta sangre dentro del santuario. “Mojará el sacerdote su dedo en la sangre, y rociará con aquella sangre siete veces delante de Jehová frente al velo del santuario”.



Volvemos vez más a toparnos con los tres requisitos que habían de cumplirse. Imaginémonos a un hombre que ha pecado; ha quebrantado la Ley y merece morir por su pecado. Pero Dios no quiere que él muera; por lo tanto, el espíritu Santo lo convence de su pecado. El hombre se arrepiente y acude al Señor en busca de perdón. No quiere morir, sino vivir. Cree en Cristo y lo acepta como su Salvador. Dios en su infinita misericordia ha provisto una manera mediante la cual el pecador puede estar libre de culpa ante él, como si nunca hubiera pecado.

Pero el pecador debe seguir fielmente el plan divino para hacerse merecedor de dicho perdón y ser separado de su pecado. En primer lugar, ha de traer un cordero al atrio del santuario como holocausto. Luego el pecador ha de poner sus manos sobre la cabeza del cordero y confesar su pecado. Al hacer esto, transfiere su pecado sobre el cordero, el cual se convierte en su sustituto. Después toma el

cordero, lo coloca sobre el altar del sacrificio y con un cuchillo él mismo degüella la víctima inocente. De este modo en vez de morir él mismo por su propio pecado, el cordero muere en su lugar. Luego, la sangre se vierte en una vasija. El sacerdote lleva la sangre dentro del lugar santo del santuario y la rocía delante de la Ley.

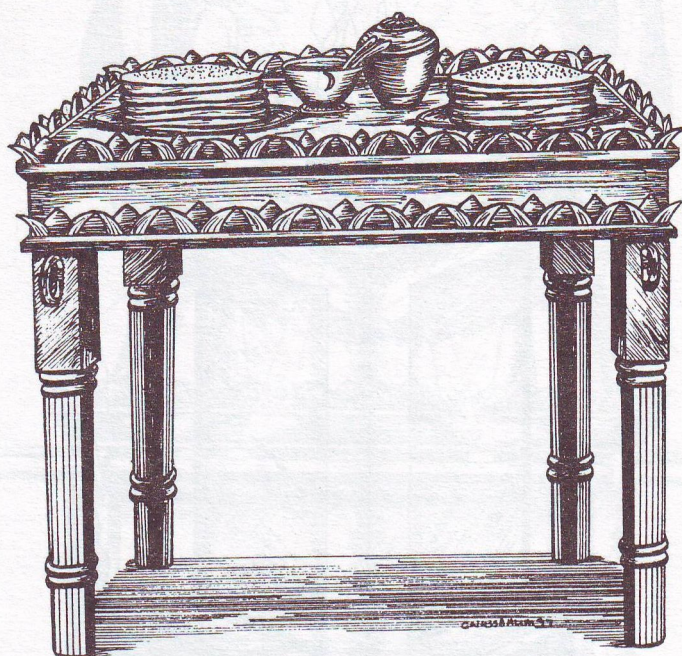


Figura Núm. 5
**LA MESA PARA EL PAN DE LA
PROPOSICIÓN**

Tal vez nos preguntemos por qué era necesario llevar la sangre dentro del santuario. La razón es que la sangre representa la vida de la víctima. Recordemos que en Lev. 17:11 dice claramente: "...por que la vida de la carne en la sangre está". Y es necesario que se ofrezca la vida de la víctima inocente ante el Señor y su Ley para cumplir con este requisito. Entonces, en vista de que el culpable ha transferido su pecado al cordero, el sustituto ahora lleva la carga de la culpa y debe morir por causa del pecado que fue transferido sobre él.

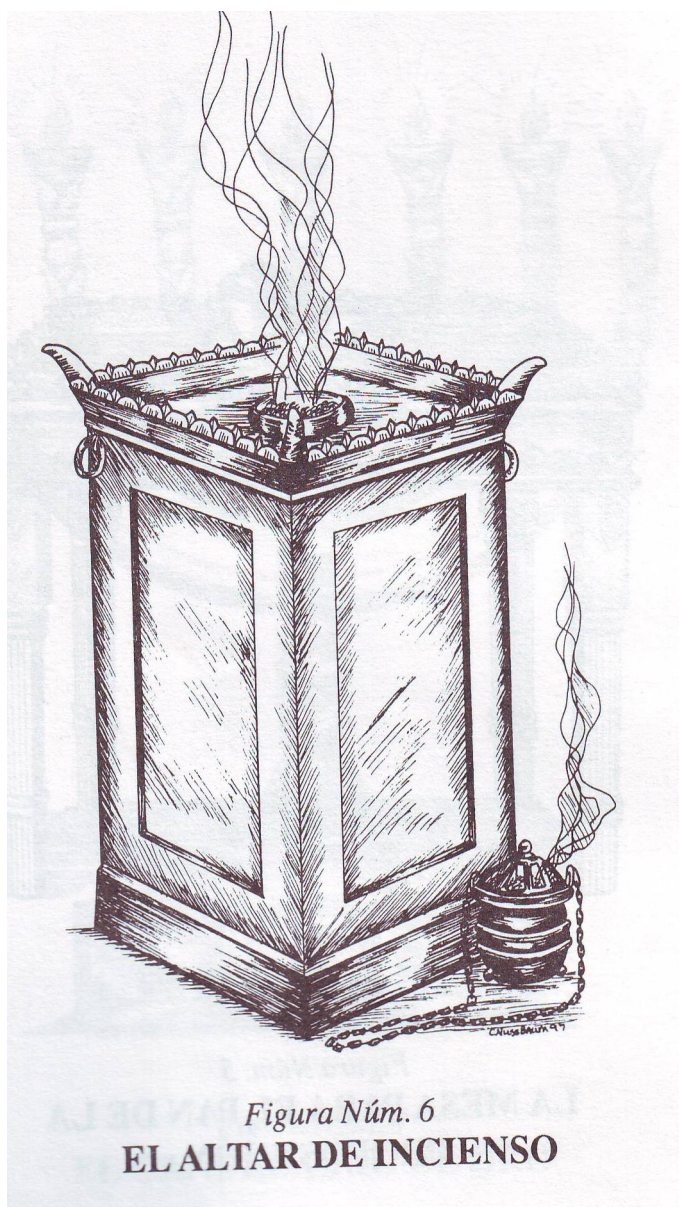
¿No habrá otra manera mediante la cual Dios pueda retirar el pecado de nosotros? ¡Definitivamente no! Dios ha declarado que "Sin derramamiento de sangre no hay remisión" (Hebreos 9:22). ¿Estamos analizando esto detenidamente? Que quede claramente establecido que el sustituto tiene que morir. ¿Y quien es la persona que debe degollar el sustituto? ¡El pecador mismo, por que es su propio pecado lo que hace necesaria la muerte de la víctima!

Veamos la realidad de este plan de salvación. ¿Qué representa el cordero? Juan el Bautista explicó esto en lenguaje inconfundible cuando Jesús vino a él para ser bautizado: "¡Este es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" (Juan 1:29). Y esta es la razón por la cual Jesús vino al mundo. Vino a salvarnos, a morir por nosotros. Ahora se nos hace posible entender que debido a que el pecado acarrea

la muerte, yo debo morir, o debe morir un sustituto por mi propia mano. Ésta es, pues, la lección básica que aprendemos al estudiar el método que Dios emplea para separar o apartar el pecado de nosotros.

Permítaseme, por favor, representar una vez más la escena de un pecador que toma un cuchillo en la mano y degüella la víctima inocente. Venid conmigo y observad cómo el cordero se estremece y muere. El inocente muere por el pecador; muere por causa del pecado de otro. Luego, mirad con los ojos de la fe el cordero de Dios. Contemplad a Jesucristo el Cordero agonizando sobre la cruz del Calvario por causa de nuestros pecados. Recordad lo que escribió San Pedro: “Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia. ¡Por su herida habéis sido sanados!” (1 Pedro 2:24). ¿Qué ocurrió con aquel cordero que fue puesto sobre el altar? Pues, ¡murió! ¿Cuál fue el efecto de nuestros pecados sobre Jesús en el monte Calvario? Fueron la causa de su muerte. ¡Nosotros mismos fuimos los que le quitamos la vida al Señor Jesucristo!

Millones de personas saben que el Calvario fue un suceso verídico. Les gusta viajar a la “Tierra Santa” y visitar el lugar donde Cristo murió. Sin embargo, muy pocos se dan cuenta de que fue su pecado lo que llevó a la cruz al Cordero de Dios. Nunca han comprendido las siguientes palabras del profeta Zacarías: “Mirarán hacia mí a quien traspasaron” (Zac. 12:10). ¿Haz ido por fe al Calvario donde Cristo murió en tu lugar a causa de tus pecados? Dime con franqueza, ¿No te has sentido culpable por la muerte de Cristo? ¿Te has imaginado alguna vez a Cristo, tu sustituto, muriendo en tu lugar sobre la cruz?



El relato de uno de los funerales más tristes que me haya tocado dirigir nos ayudará a comprender los resultados de la muerte de Cristo en la cruz. En el ataúd reposaba el cuerpo de un niño muy pequeño, único hijo de sus padres. Había muerto en un accidente causado por su padre quien ignoraba que su hijito le había seguido hasta el garaje de la casa. Cuando el padre hizo retroceder el carro, atropelló al niño matándolo al instante. Aunque fue un accidente, a mí se me hace difícil describir el dolor que observé en el rostro de aquel padre. Cuando meditamos sobre el Calvario, no podemos menos que ver a Cristo el Cordero padeciendo la muerte que en realidad nos tocaba a nosotros. Sabemos por seguro que su muerte no fue un accidente por que fue causada por nuestros malditos pecados. El ver a Cristo morir sobre la cruz como nuestro Sustituto, llevando sobre sí nuestros pecados, nos ayuda a entender mejor el significado del Calvario. No podemos menos que exclamar, “Dios santo, ¿es esto lo que yo le he causado a tu querido hijo? ¿Es este el precio pagado por mi salvación?”

Decidme, si aquel padre que accidentalmente mató a su amado hijito algún día tuviese otro hijo, ¿pensáis que él tendría más cuidado en el futuro cuando saque su auto del garaje? Podéis estar bien seguros de que él nunca querrá que se vuelva a repetir una tragedia semejante.

Asimismo cuando nosotros visitamos el Calvario en alas de nuestra imaginación y vemos a Jesús entregando su vida en nuestro lugar, crucificado por nuestros pecados, se nos rompe el corazón. Es porque nos damos cuenta de que fue nuestro pecado lo que lo llevó a la cruz, y no queremos que este pecado se vuelva a repetir. No podemos menos que exclamar: “Dios mío quita de mí este pecado, y permite que el Calvario me infunda tal odio por el pecado que yo jamás quiera volver a pecar”. Es solo mediante Cristo que el pecado puede ser separado del pecador. “Dios proveerá el cordero para el holocausto hijo mío” (Génesis 22:8).

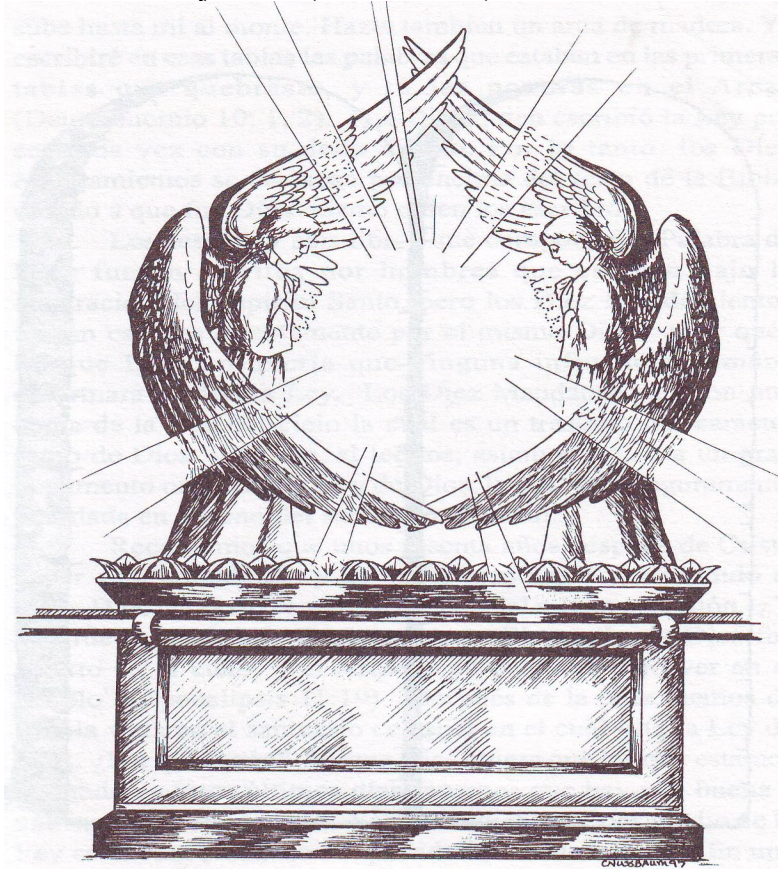
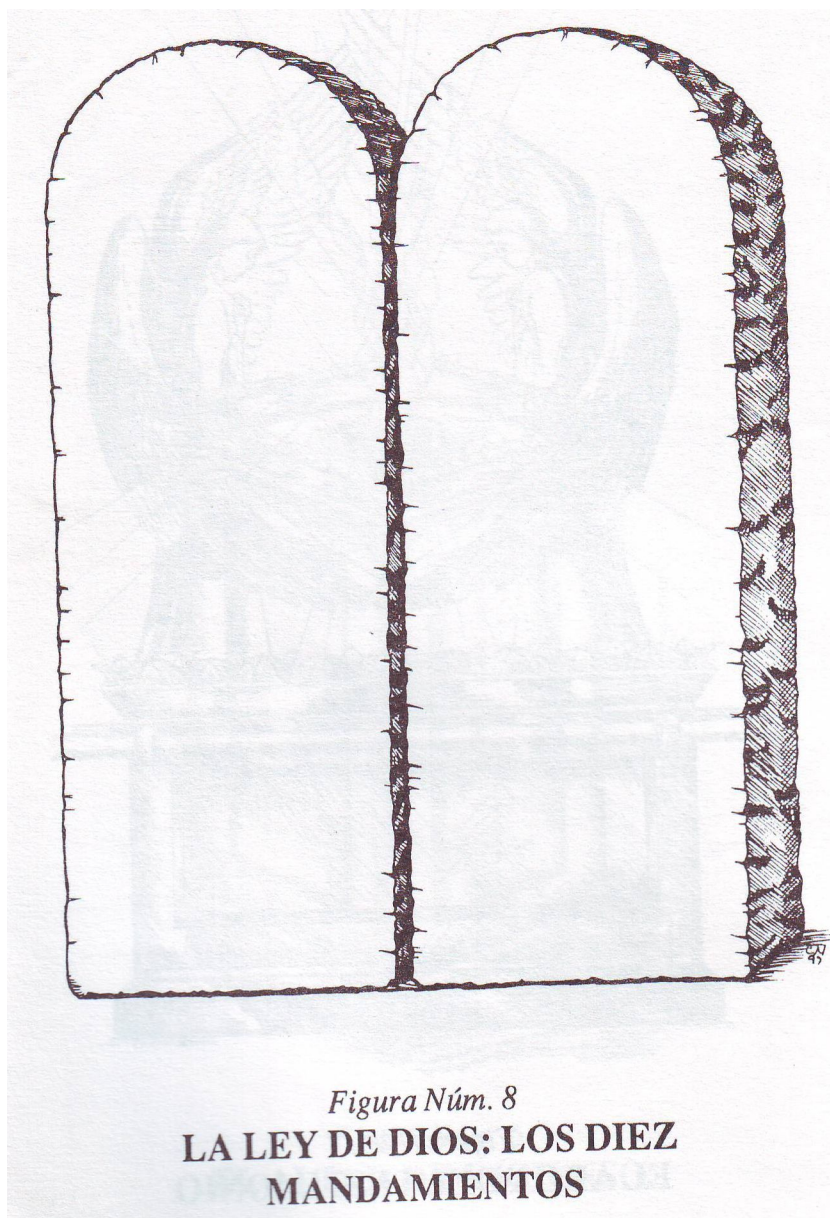


Figura Núm. 7
EL ARCA DEL TESTIMONIO

Capítulo 2: Cristo el Cordero de Dios.-

Cierto pastor estaba profundamente preocupado acerca de su propia lucha con el pecado. Por alguna razón a él le faltaba fuerza moral para obtener victoria. La lucha se hizo tan severa que una noche cuando él se acostó tuvo una pesadilla en la que vio a un hombre azotando a Cristo en el tribunal de Poncio Pilato. Al ver cómo se hundía el látigo en la espalda de Cristo, no podía entender cómo alguien se atreviese a herirlo. En su sueño se abalanzó sobre el hombre que azotaba a Cristo y empezó a forcejear con él.



De súbito, aquel hombre grande y hosco dio una vuelta y lo miró de frente. El pastor gritó aterrorizado y de repente se despertó. La cara de aquel sujeto que azotaba a Jesús no era otra sino la del mismo pastor. Al permitir que el pecado dominara su vida, hería al Señor Jesucristo. Fue una experiencia que él jamás pudo olvidar.

Esta historia verídica ilumina el siguiente pasaje de las Sagradas Escrituras: “Mirarán hacia mí, a quien traspasaron...” (Zac. 12:10). Apenas nos damos cuenta del dolor que le ocasionamos al Señor Jesús cuando permanecemos en el pecado. Apenas nos damos cuenta de cómo chasquemos o decepcionamos al Señor cuando no ganamos una victoria. En verdad no somos dignos de su gran amor.

El profeta Isaías también expresó el pesar que nuestro proceder pecaminoso le ocasiona a nuestro Señor: “Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en sufrimiento; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, ¡Pero nosotros le tuvimos por azotado, como herido y afligido por Dios! Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos

la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido no abrió su boca; como un cordero fue llevado al matadero...” (Isaías 53:3-7).



Figura Núm. 9

LA CONFESIÓN DEL PECADO

¡Qué tremenda descripción! Fijémonos bien en estas palabras: *despreciado, desechado, menospreciado, herido, afligido, molido, angustiado* y después de esta expresión: “...mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”.

Al meditar sobre el grandioso sacrificio de Cristo, el apóstol San Pablo se quedaba maravillado y atónito. Y si nosotros también mirásemos a la cruz, diríamos juntamente con él: “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo porvenir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, señor nuestro” (Rom. 8:38).

Cuando el señor Jesús se presentó para ser bautizado, Juan el Bautista declaró al verlo: ¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! (Juan 1:29). Desde ese momento en adelante, la gente empezó a fijar su vista en Jesús. Cada palabra que pronunció y todas las obras que hizo durante sus tres años y medio de ministerio que culminaron en el Calvario, comprobaron que verdaderamente él era el Cordero de Dios. Pero, en un sentido, el sacrificio de Jesús no comenzó en el calvario. Leemos en el

libro de Apocalipsis, que Cristo era “el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apoc. 13.8, Reina-Valera 1960). De antemano, antes de la creación del mundo y de que el pecado existiera, Dios en su gran amor ideó un plan de salvación.

En el instante que el pecado entró en el Huerto del Edén, todo el cielo se puso de luto porque parecía que los habitantes de este mundo estaban condenados a muerte. No obstante, el plan de Dios para redimir a la raza humana ya estaba en pleno vigor. En el momento que la Ley divina fue quebrantada por el ser humano, Cristo estaba preparado para hacer la expiación por la transgresión humana. Él llevaría sobre sí el pecado de la humanidad para redimirla.

He aquí cómo se desarrolló el misterio de la redención: “Entonces Cristo informó a la hueste angelical que se había encontrado una vía de escape para el hombre perdido. Les dijo que había suplicado a su Padre y que había ofrecido su vida en rescate para que la sentencia de la muerte recayese sobre él para que por su intermedio el hombre pudiera encontrar perdón para que por los méritos de su sangre y como resultado de su obediencia a la Ley de Dios, el hombre pudiera gozar del favor del Señor, volver al hermoso jardín, y comer del fruto del árbol de la vida” (HR:43).

Es casi imposible explicar cabalmente este gran plan de amor. Es un misterio que por los siglos de la eternidad los redimidos en la tierra nueva procurarán entender. De modo que en este estudio breve solamente daremos el primer paso en la comprensión de ese profundo amor que Dios escogió expresar a través del ritual del santuario, el cual empleó como una especie de ilustración a nivel de jardín de infancia, por así decirlo, para facilitar nuestro estudio.

Muy bien, ahora pongámonos a pensar. ¿Por qué vino Cristo a morir a la tierra? En la descripción del santuario celestial dada en el Nuevo Testamento, no se menciona el atrio exterior. Es solamente en el Antiguo Testamento que encontramos la mención de un atrio exterior relacionado con el santuario. El atrio exterior existía solamente en el santuario terrenal. Para esto había una razón. El sacrificio de Cristo no se había de llevar a cabo en el cielo por cuanto no puede haber muerte allá. Por lo tanto, Cristo debía venir al atrio del santuario terrenal para convertirse en el cordero que moriría por el pecado. El apóstol Pablo describe esta experiencia de Cristo de la siguiente manera: “Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como una cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”. (Fil. 2:6-8).

¿Está claro? ¡Qué maravilloso! Cristo, que era igual a Dios, descendió del ambiente puro del cielo a un nivel inferior al de los ángeles, asumió forma humana, y nació como un bebé indefenso en un pesebre. No, no apareció como un Adán creado en toda su perfección, sino más bien como un ser humano, y esto después de haber experimentado la raza humana las consecuencias de miles de años de pecado. Nació en un mundo lleno de sufrimiento, miseria, dolencia, muerte, y toda suerte de tentaciones. Al cumplir su misión tuvo que someterse a cuanto insulto y tormento que a Satanás le fuera posible concebir. Murió la muerte de un pecador culpable. Las últimas horas de su vida fueron tan terribles que aún los ángeles del cielo cubrieron sus rostros para no contemplarlo. Por último, como portador de nuestros pecados, tuvo que soportar la angustia de los perdidos. Se vio separado del amor de su Padre porque la culpa de la humanidad entera pesaba sobre él.

Elena G. de White nos presenta un cuadro conmovedor de lo que ocurrió. Escuchad:

“El inmaculado Hijo de Dios pendía de la cruz: su carne estaba lacerada por los azotes; aquellas manos que tantas veces se habían extendido para bendecir, estaban clavadas en el madero; aquellos pies tan

incansables en los ministerios de amor estaban también clavados en la cruz; esa cabeza real estaba herida por la corona de espinas; aquellos labios temblorosos formulaban clamores de dolor. Y todo lo que sufrió: las gotas de sangre que cayeron de su cabeza, sus manos y sus pies, la agonía que torturó su cuerpo y la inefable angustia que llenó su alma al ocultarse el rostro de su Padre, habla a cada hijo de la humanidad y declara: Por ti consiente el hijo de Dios en llevar esta carga de culpabilidad; por ti saquea el dominio de la muerte y abre las puertas del Paraíso. El que calmó las airadas y anduvo sobre la cresta espumosa de las olas, el que hizo temblar a los demonios y huir a la enfermedad, el que abrió los ojos de los ciegos y devolvió la vista a los muertos, se ofrece como sacrificio en la cruz, y esto por amor a ti". (DTG:703-704).

¡Qué hermosas palabras! ¡Ojala nos fuera posible entenderlas cabalmente!

Y ahora surge la siguiente pregunta: ¿Cómo se aplica la preciosa sangre de Cristo el Cordero a ti y a mí individualmente? Volvamos al libro de Lev. 4:27-28. Sólo el santuario nos explica en detalle cómo la sangre de Cristo nos puede ser aplicada a nosotros como individuos: "Si alguna persona del pueblo peca involuntariamente, cometiendo una falta contra alguno de los mandamientos de Jehová en cosas que no se han de hacer, es culpable, es culpable..." (verso 27); "presentará como ofrenda una cabra, una cabra sin defecto, por el pecado que cometió" (verso 28). Al traerse un sacrificio, bien fuese de un macho cabrío, un cordero o cualquier otro animal, tengamos en mente una cosa: que el sacrificio representaba al Señor Jesucristo. En segundo lugar, era necesario que el pecador transfiriese su pecado sobre el holocausto. Nótese el versículo 29: "Pondrá su mano sobre la cabeza de la ofrenda de expiación...". Entiéndase que la imposición de las manos sobre la cabeza del animal significaba la confesión y la transferencia del pecado sobre el animal que era el sustituto del pecador.

Luego viene el tercer paso: después de haberse transferido el pecado sobre el holocausto, la víctima debe sacrificarse. ¿Por qué? Porque la paga del pecado es la muerte. La Ley de Dios, quebrantada por el hombre, exige la pena de muerte. "Pondrá su mano sobre la cabeza de la ofrenda de expiación..." Después añade la escritura, "y la degollará en el lugar del holocausto..." (Lev. 4:20; Véase la Figura Núm. 10) Este era el método empleado por Dios para enseñar a la humanidad que había una vía de escape del pecado; a saber, que un Sustituto, el Cordero de Dios, moriría por nuestros pecados. Pero no olvidemos que era la propia mano del pecador la que siempre degollaba el holocausto de expiación. Es preciso que todo pecador entienda esta gran verdad para que pueda vencer el pecado en su vida. ¡La paga del pecado es la muerte! Por cuanto Cristo es nuestro Sustituto, es menester que comprendamos que nuestros pecados fueron la causa de su muerte. Cuando nos demos cuenta de la enormidad del costo del pecado, determinaremos vencer el pecado con un odio semejante al que Dios siente por él. Solamente entonces estaremos preparados para vivir en un mundo donde no habrá más pecado. Es sumamente triste que tan pocas personas parecen captar esta lección.

Hemos visto que las ofrendas de holocaustos fueron ordenadas por Dios para enseñarle a todo pecador deseoso de perdón que debe reconocer su pecado, arrepentirse de él, y traerlo a los pies de Cristo, pidiéndole que se lo quite. Es preciso que reconozca su parte en la crucifixión de Cristo y que se dé cuenta de que el pecado acarrea la muerte. Ha de aceptar a Cristo por fe y depender de su divino poder, el cual le infundirá odio por el pecado y lo capacitará para dejar de pecar. Entonces experimentará el gozo de la redención.

Este plan divino basado en sacrificios tiene un propósito mayor que el de la salvación de la humanidad. Cristo vino al mundo a morir, no sólo a salvar al hombre y rescatar al mundo, sino también para vindicar el carácter de Dios ante el universo. ¿Por qué? Por que el gran conflicto entre el bien y el mal se inició en el cielo cuando el enemigo de las almas se opuso a la Ley de Dios, lo cual fue causa de una gran batalla: "Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás,

el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él” (Apoc. 12:7-8).

Todos los habitantes del vasto universo de Dios estaban interesados en los resultados del sacrificio expiatorio de Cristo porque éste determinaría quién ganaría la victoria, él o Satanás. Es por esta razón que el Salvador contemplaba de antemano su crucifixión y decía: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, cuando sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:31). Fue de este modo que la muerte de Cristo en el Calvario no sólo le hizo posible al hombre el perdón, poniendo al cielo a su alcance, sino que también vindicó a Dios ante todo el universo no caído. Su sacrificio afirmó la Ley de Dios para siempre y demostró que el pecado es muerte.

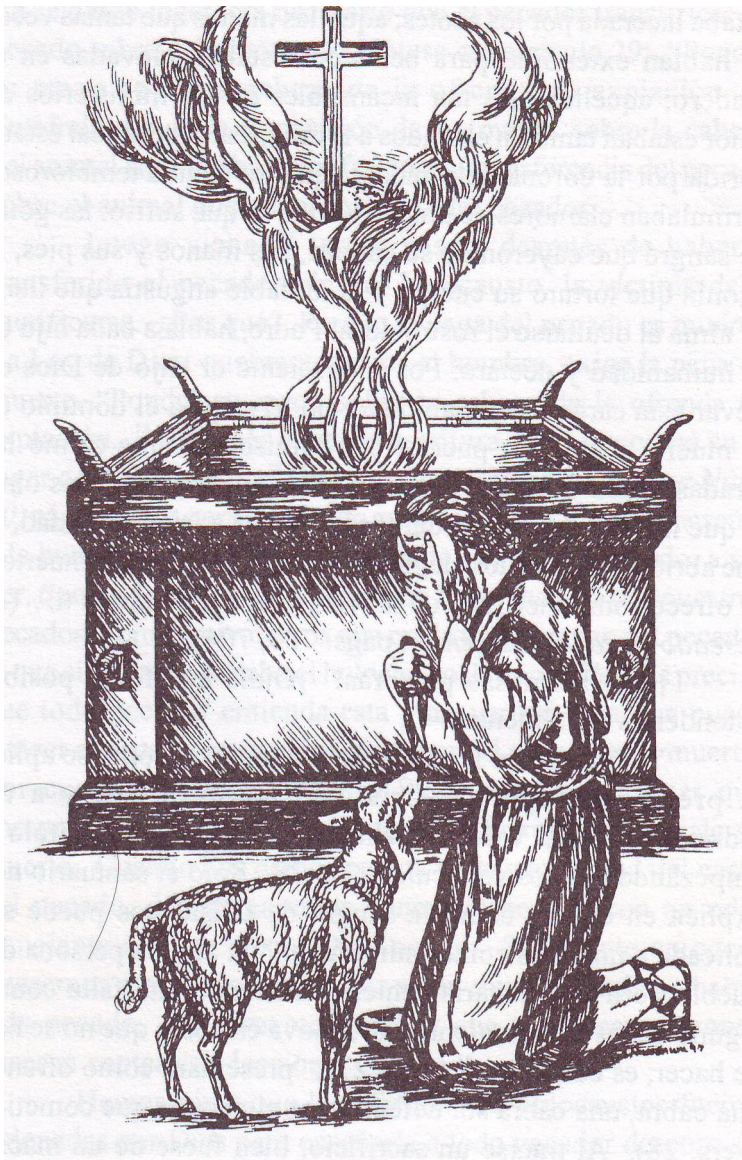


Figura Núm. 10

LA PAGA DEL PECADO ES MUERTE

Cuando Adán y Eva aceptaron la propuesta de Satanás, éste declaró que el mundo era suyo porque ellos lo habían escogido a él como su soberano. El diablo no creía posible que Dios perdonase a la

humanidad. No obstante, Dios en su gran amor ya había ideado el plan de entregar a su Hijo unigénito para sufrir el castigo de muerte de nuestros pecados. De este modo el Cordero de Dios se convirtió en la vía de escape para la humanidad.

La misma tierra de la cual Satanás se creía dueño se convirtió en el escenario dentro del cual Dios escogió redimir a la humanidad y vindicarse ante el universo entero. Este es el significado de las palabras de Cristo sobre la cruz: “¡Consumado es!” (Juan 19:30). En ocasión de su muerte, hubo un fuerte grito de triunfo en el cielo que repercutió a través de todos los mundos habitados del universo. La contienda quedó decidida una vez que Jesús hubo ganado la victoria. Satanás quedó expuesto como mentiroso y homicida. Cristo, en carne humana, demostró que el hombre es capaz de guardar la Ley de Dios. No es de extrañarse que el momento de mayor emoción para el universo haya sido el triunfo de Cristo sobre Satanás obtenido al morir en la cruz del Calvario. Y algún día, más pronto de lo que nos imaginamos, Jesús volverá a esta tierra otra vez y pondrá punto final a la controversia entre él y Satanás.

¿Estás tú listo para la mejor aventura de tu vida? ¿Estás preparado para vivir con Cristo en el cielo, donde el pecado ya no existirá más; ni habrá más muerte, y donde cada instante estará repleto de gozo, paz y felicidad? ¿Estás preparado para experimentar una vida sin pecado por toda la eternidad? Si es así, es preciso que ganes la victoria sobre el pecado aquí y ahora, tal como se enseña en el sistema del santuario instituido por el mismo Dios.

Hace algún tiempo, los periódicos reportaron la historia de una niña que había estado jugando en el garaje de su casa donde había lo que a ella le pareció ser una botella de soda. Tenía la apariencia exacta de una de las botellas que contenía la clase de bebida que su madre guardaba en el refrigerador y que le servía de vez en cuando. Tomó la botella y se bebió todo el contenido. El sabor del líquido no era lo que ella esperaba, pero en su mente de niña se imaginó que era una especie de bebida nueva. Pronto empezó a padecer un terrible dolor de estómago. Acudió a su madre y se quejó. Su madre la llevó de prisa al hospital para que la atendieran, pero ya era demasiado tarde. La pobre niña pagó con su vida. La sustancia que había en la botella no era una bebida gaseosa. ¡Era un herbicida sumamente venenoso! El pecado es algo así como un herbicida. Tal parece que muchos de nosotros no nos damos cuenta de que ya hemos sido envenenados por el pecado y que su veneno es mortífero. Pero Dios tiene el antídoto a la mano. “Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

Nunca olvidemos que Dios ha provisto una vía de escape. Y esa vía, mis amados amigos, es el Señor Jesucristo, el Cordero. Él está dispuesto a ayudarte en este mismo momento. Nos dice: “Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y el conmigo” (Apoc. 3:20).

Cristo, el Cordero, está llamando a la puerta de tu corazón. Ansía entrar. ¿Le permitirás ser tu Cordero para que quite todo pecado de tu vida?

Capítulo 3: Cristo el Sacerdote.-

El tema más importante de la Biblia es Jesús y su plan divino por medio del cual los pecadores pueden ser separados del pecado y dotados de vida eterna. ¡Qué Salvador más maravilloso! ¡Qué amor más sublime! ¡Cuán emocionante es la historia de la salvación revelada en el santuario!

En el presente capítulo, descubriremos que Cristo es nuestro Sumo Sacerdote y que, en calidad de Cordero de Dios, derramó su preciosa sangre por nosotros en el Calvario, sangre “sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:19). Simbólicamente, Cristo ofrece su propia sangre en el santuario celestial y en virtud de ella puede separarnos de nuestros pecados para luego presentarnos delante de Dios el Padre como si nunca hubiésemos pecado.

Comencemos leyendo un pasaje del Nuevo Testamento: “Pero Cristo ya vino, y ahora él es el Sumo Sacerdote de los bienes definitivos. El santuario donde él actúa como sacerdote es mejor y más perfecto, y no ha sido hecho por los hombres; es decir, no es de esta creación. Cristo ha entrado en el santuario, ya no para ofrecer la sangre de chivos y becerros, sino su propia sangre; ha entrado una sola vez y para siempre, y ha obtenido para nosotros la salvación eterna” (Hebreos 9:11-12; Versión Popular “Dios Habla Hoy”, Segunda Edición. Véase la Figura Núm. 11). ¿Habrá algo más emocionante y maravilloso? Esto significa que el cielo puede ser nuestro. ¡Alabado sea el Señor! No tenemos que morir la muerte segunda, y podemos vivir para siempre en paz y seguridad con Jesús. ¿Será posible comprender una redención tan grande?

Resulta maravilloso saber que en este mismo momento Jesucristo está en el santuario celestial compareciendo ante Dios a favor nuestro. No olvidemos el pensamiento de Elena G. de White previamente citado: “La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de salvación como lo fue su muerte en la cruz”. ¡Gracias a Dios por la cruz! Sin ella, no habríamos podido ser salvos. Debiéramos también alabar a Dios por la verdad que se enseña exclusivamente dentro del marco del mensaje Adventista del Séptimo Día; a saber, que los méritos de la cruz pueden ser aplicados individualmente a cada pecador. Esta es una obra tan necesaria como la misma cruz para nuestra salvación.



Figura Núm. 11
EI SUMO SACERDOTE

Considérese detenidamente lo siguiente: “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión” (Hebreos 4:14). Cuando escuchemos la extraña “nueva teología” de Babilonia que se predica hoy desde algunos púlpitos, la cual pregonas que la salvación completa y cabal fue obrada en la cruz del Calvario y niega la existencia de un santuario celestial, no hagamos caso porque es una doctrina satánica. Jamás permitamos que semejantes pensamientos pecaminosos crucen nuestra mente.

En el plan divino de salvación, la actuación de un sumo sacerdote es indispensable. ¿Por qué es preciso que tengamos un sumo sacerdote? La Biblia nos da la respuesta: “Todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios, por lo cual es necesario que este también tenga algo que ofrecer” (Hebreos 8:3). Nótese que hay dos razones por las cuales se necesita un sumo sacerdote. La primera es que él presenta sus ofrendas. La otra es que él presenta los sacrificios. Todos estamos bien

familiarizados con el concepto de la ofrenda porque en nuestro ambiente cristiano se dan y se reciben ofrendas para diferentes fines. Pero, ¿qué es un sacrificio y que fin tiene? Una vez más la Biblia nos da la explicación: “Porque todo sumo sacerdote es escogido de entre los hombres y constituido a favor de los hombres ante Dios, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados...” (Hebreos 5:1). Ya encontramos lo que estábamos buscando. ¡Ahora sabemos que el sacrificio es por los pecados!

Supongamos que bajo el sistema del santuario del Antiguo Testamento yo hubiese pecado y traído una ofrenda por mi pecado. No puedo llevarla dentro del santuario yo mismo porque sólo el sacerdote puede entrar allí. ¿Por qué? Porque allí mora Dios. Un pecador sería destruido al instante si se atreve a entrar directamente ante la presencia de Dios. Así que, para que yo sea aceptado, es necesario que yo busque la manera de introducir mi ofrenda expiatoria dentro del santuario para que sea presentada ante la misma presencia de Dios. De ahí la necesidad de un sacerdote que lo haga por mí. Estos puntos son muy importantes y he aquí la razón: “La correcta comprensión del ministerio del santuario celestial es el fundamento de nuestra fe” (Ev:165).

Hagamos un repaso de cómo un individuo puede asegurarse del perdón eterno de sus pecados. El hombre trae un cordero como sacrificio para su pecado. Luego coloca sus manos sobre la cabeza del cordero, que es un sustituto, y confiesa sus pecados. De esta manera el pecado es transferido sobre el holocausto. Después el hombre degüella la víctima con su propia mano. Hasta aquí ha cumplido su parte, pero en realidad su sacrificio de por sí es insuficientemente. Le hace falta la intervención de un sacerdote. Nótese bien lo que puede hacer un sacerdote por él. El sacerdote toma parte de la sangre del animal sacrificado y la lleva dentro del santuario, algo que es absolutamente necesario para obrar la justificación del pecador. Si hemos de recibir el perdón, y ser justificación del pecador. Si hemos de recibir el perdón, y ser justificados y redimidos, es preciso que entendamos claramente lo que hace el sacerdote con la sangre. “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos. Él es ministro del santuario y de que verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre. Todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios, por lo cual es necesario que también este tenga algo que ofrecer” (Hebreos 8:1-3).

En el capítulo anterior, descubrimos que Cristo está representado por el cordero, el cual el hombre necesita presentar como sacrificio en su favor. Las Sagradas Escrituras también enseñan que es de igual importancia que el sacerdote tenga algo que presentar ante Dios. ¡El hecho es que Cristo es el sacerdote y el holocausto a la misma vez! Ahora bien, para ayudarnos a entender esta gran verdad, el autor de la Epístola a los Hebreos continúa explicando: “Así que, si estuviera en la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aun sacerdotes que presentan las ofrendas según la Ley” (Hebreos 8:4). Estas palabras fueron escritas mientras el templo de los judíos estaba todavía en pie en Jerusalén y los sacerdotes diariamente cumplían sus funciones en él. El sentido de estas palabras es que dado que Jesús está en el cielo, él es ahora el ministro o sacerdote del santuario celestial. Prestemos atención a las palabras que siguen: “Estos sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales...” (Hebreos 8:5). ¡Está tan claro! El vocablo “sombra” significa que la obra del sacerdote sobre la tierra era un bosquejo oscuro de las funciones de nuestro gran Sumo Sacerdote en el santuario celestial.

Permítaseme ilustrar este punto. En un tiempo yo fui consejero en un campamento de verano para jóvenes. Había allí un niño problemático que yo tenía bajo mi cuidado. Durante el período de descanso, se esperaba que cada niño se acostara en su catre y durmiera una siesta. Pero esta criatura decidió más bien escurrirse de su catre para hacer de las suyas. Se salió y se escondió detrás de un edificio seguro que yo no podría verlo. Sin embargo, él no tomó en cuenta su sombra. A mí se me hacía posible observar todas sus movidas solo fijándose en su sombra. Asimismo, cuando nosotros estudiamos lo que pasaba dentro del santuario terrenal, llegamos a entender la importancia de lo que Cristo está haciendo por nosotros ahora en el santuario celestial.

Por favor, sed pacientes conmigo mientras vuelvo a repasar el asunto para mayor claridad. En Lev. 4:32-33, vemos que el pecador trae un cordero al tabernáculo para ofrecerlo como expiación por sus

pecados. Luego, posa sus manos sobre la cabeza del cordero, transfiriendo así su pecado sobre el animal. Después, degüella la víctima. El pecador no puede hacer más nada. Le toca ahora al sacerdote hacerse cargo de las funciones a favor del hombre. ¿Qué es lo que el hace el sacerdote? Lleva la sangre del sustituto dentro del santuario en una de dos formas. O se come la porción que le pertenecía de la ofrenda por el pecado y la lleva al interior del santuario ya ingerida en su cuerpo, o solamente lleva parte de la sangre del animal directamente allá, tal como se describe en el relato de la sangre del becerro: “Después el sacerdote ungido tomará parte de la sangre del becerro y la traerá al Tabernáculo de reunión” (Lev. 4:5).

¿Qué hace ahora el sacerdote con la sangre que introduce en el santuario? “Mojará el sacerdote su dedo en la sangre, y rociará con aquella sangre siete veces delante de Jehová frente al velo del santuario. El sacerdote pondrá de esa sangre sobre los cuernos del altar del incienso aromático, que está en el Tabernáculo de reunión (Lev. 4:6-7). Dios dio instrucciones exactas concernientes al deber de los sacerdotes. Y solo el sacerdote podía cumplir estas funciones, de la misma manera que ahora solo Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote, quien se encuentra presentemente en el santuario celestial, puede llevar a cabo esa obra en nuestro favor.

Pero los israelitas tenían un papel que desempeñar en colaboración con su sumo sacerdote. Debían no solamente arrepentirse, sino también indemnizar a las personas perjudicadas, tal como se registra en Lev. 6:1-7. “Habló Jehová a Moisés y le dijo: Si alguien peca comete fraude contra Jehová, por haber negado a su prójimo lo encomendado o dejado en su mano, o bien por haber robado o despojado a su prójimo, o por haber hallado lo perdido y negarlo después, o por jurar en falso en alguna de aquellas cosas en que suele pecar el hombre; entonces, si ha pecado y ofendido, restituirá aquello que robó, o el daño del despojo, o el depósito que se le encomendó, o lo perdido que halló, o todo aquello sobre lo que hubiera jurado falsamente, lo restituirá por entero a aquel a quien pertenece, y añadirá a ello la quinta parte en el día de su expiación. Para la expiación de su culpa llevará a Jehová un carnero sin defecto de los rebaños, conforme a tu estimación y lo dará al sacerdote para la expiación. El sacerdote hará expiación por él delante de Jehová, y obtendrá el perdón de cualquiera de aquellas cosas en que suele ofender”.

El mismo principio se aplica hoy día. Primero, vamos a nuestro Sumo Sacerdote celestial y él “dará el Espíritu Santo para inducir al arrepentimiento con Dios” (3MS:461).

Hemos de compensar a las personas perjudicadas, demostrando así el deseo no sólo de ser perdonados sino también de abandonar nuestros pecados. En otras palabras, debemos entregarle a Jesús, nuestro Sustituto, todos nuestros pecados. Escuchad las palabras de Cristo en Mateo 5:23-24. “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve, reconcílate primero con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda”. Una vez que el pecador ha cumplido el deber que le toca, el sacerdote queda libre para aplicar la sangre en su favor y expiar con ella su pecado.

Surge la pregunta: ¿Qué representa la sangre? Prestad oído, consideradlo detenidamente, memorizadlo, y no lo olvidéis nunca. La palabra inspirada de Dios nos dice: “...porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas, pues la misma sangre es la que hace expiación por la persona” (Lev. 17:11). Esto es de suma importancia. La sangre representa la vida. Por lo tanto, la sangre de Cristo representa su vida.

Ahora, detente y razona un poco. ¿No está tu propia vida en tu sangre? Por ejemplo, si da la casualidad que te cortas la vena yugular y no haces caso, rápidamente que te cortas la vena yugular y no haces caso, rápidamente sangrarías hasta morir. Y es por eso que cuando nos vemos envueltos en un accidente serio que nos ocasiona una gran pérdida de sangre, como por ejemplo la laceración de una extremidad, prontamente se nos aplica un torniquete para detener el flujo de sangre. ¿Por qué? Para evitar la muerte. La sangre que vertió Cristo en el Calvario era propia vida. Respecto a esto el profeta escribió que Cristo puso su vida en expiación por el pecado (Isaías 53:10). Él “derramó su vida la

muerte y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos y orando por los transgresores” (verso 12)

Volvamos ahora a Lev. 4:6, que dice “Mojará el sacerdote su dedo en la sangre, y rociará con aquella sangre siete veces delante de Jehová frente al velo del santuario”. ¿Os habéis dado cuenta de que el sacerdote ponía de esa sangre sobre los cuernos del altar, frente al velo? (Véase también Lev. 4:7). ¿Qué significaba esto? Bueno, entrad conmigo en el santuario y veréis que el velo cuelga frente al Arca que contiene las tablas de la Ley de Dios o los Diez Mandamientos, que fueron escritos por el propio dedo de Dios sobre dos tablas de piedra. Y justamente encima del Arca está el propiciatorio, el cual es una representación del trono de Dios, lugar donde podemos alcanzar misericordia y hallar gracia por intermedio del ministerio de Cristo, nuestro Sumo Sacerdote.

Pensad detenidamente en esto. Toda persona será juzgada por la Ley, que es la norma del carácter. Todos hemos violado la Ley cometiendo pecado, de modo que estamos condenados a muerte. “Por lo tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte paso a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rom. 5:12). ¡Pero un momento por favor! La realidad es que yo no tengo que morir, ni tú tampoco. La gran verdad es que Dios no quiere que ninguno de nosotros perezca. Por tanto, ¿cómo podemos ser salvos? Alguien tuvo que morir por nosotros y ese alguien fue el Hijo de Dios.

Jesús vino al mundo para vivir bajo la Ley de Dios, en nuestra carne, sin cometer ni un solo pecado. De modo que al ir a la cruz, ofreció una vida inmaculada sobre el madero como sustituto en nuestro favor. Y es por esta razón que le es posible a Cristo presentar su sangre en nuestro favor en el santuario celestial donde se encuentra ahora. “Pero Cristo ya vino, y ahora él es el sumo sacerdote de los bienes definitivos...Cristo ha entrado en el santuario....y ha obtenido para nosotros la vida eterna” (Hebreos 9:11-12 Versión Popular “Dios habla hoy”, Segunda edición). Si, la Ley exige que yo muera; pero Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, en virtud de su propia sangre, está presente ante esa misma Ley, frente al trono de Dios, está presente ante esa misma Ley, frente al trono de Dios, representándote a ti y a mi que somos pecadores. Él pagó el precio máximo en el Calvario ofreciendo su vida perfecta ante el Padre en beneficio nuestro. Y está dispuesto a hacerlo por ti y por mí en este mismo momento, si se lo pedimos.

Me encanta cómo describe Charles Wesley la escena del sacrificio de Jesús quien, como nuestro Sumo Sacerdote, presenta su sangre ante el Padre por amor a nosotros:

“Despierta, alma mía, y abandona de la culpa el terror, que su sangre preciosa por ti dio el Salvador. En sus manos laceradas te lleva esculpida, manos que te aseguran la sempiterna vida. Para siempre en el cielo intercede por mí; por mí abogan su amor y su sangre carmesí; que por todos nosotros fue derramada, y sobre el propiciatorio fue rociada. Cinco heridas en el Calvario recibidas son del Redentor, plegarias bien sentidas. “¡Perdónalo! ¡Perdónalo!” –es su clamor incesante-; “No dejes que perezca el contrito suplicante”.

Alabemos a Dios porque nos ha provisto a Jesús como Sumo Sacerdote para interceder ante él en beneficio nuestro.

Hago una pregunta de carácter personal: ¿Has temblado de miedo alguna vez al pensar que algún día deberás presentarte ante el trono de Dios para ser juzgado? Escucha: “La obra de cada uno pasa bajo la mirada de Dios, y es registrada e imputada ya como señal de fidelidad y de infidelidad. Frente a cada nombre, en los libros del cielo, aparecen, con terrible exactitud, cada mala palabra, cada acto egoísta, cada deber descuidado y cada pecado secreto, con todas las tretas arteras. Las admoniciones o reconvenciones divinas despreciadas, los momentos perdidos, las oportunidades desperdiciadas, la influencia ejercida para bien o para mal, con sus abarcanes resultados, todo fue registrado por el ángel anotador.

“La Ley de Dios es la regla por la cual los caracteres y las vidas de los hombres serán probados en el juicio. Salomón dice: “Temed a Dios y guarda sus Mandamientos, porque esto es el todo del hombre. Pues Dios traerá toda obra a juicio” (Ecle. 12:13-14)” El CS:535-536.

Pregunto una vez más: ¿Te perturba el pensar que algún día debes comparecer ante el tribunal divino? Si estás bien con Dios, no tienes nada que temer. Tu Sumo Sacerdote, el Señor Jesucristo, te representa ante el Padre. ¡Esto es algo maravilloso! ¿Quién podrá representarte mejor que Jesucristo, el Hijo de Dios? Él conoce al Padre.

Permítase hacerte una pregunta más: ¿Has hecho posible que Jesús, tu Sumo Sacerdote, comparezca ante el Padre en tu lugar? Reconoces que eres pecador porque la Biblia así lo declara. Y tu caso es desesperado. Te voy a sugerir lo que debes hacer. Visita el Calvario en alas de la imaginación y contempla a Jesús sobre la cruz entregando su vida por ti. Luego, síguelo por fe cuando él resucita de los muertos y asciende al cielo. Síguelo hasta el interior del santuario celestial, ante la misma presencia de Dios. Contéplalo ofreciendo su propia sangre por ti. Escucha con fe mientras Cristo presenta tu nombre ante el Padre. Si así lo haces, tu corazón rebosará de un sentido de seguridad. Si estás bien con Dios, nunca, pero nunca tendrás que temer el juicio venidero. Cristo “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25) Ahora puedes comprender cómo Jesucristo te puede presentar sin mancha ante el trono de la gracia.

Permítaseme hacer otra pregunta: ¿Qué clase de sangre es la que se rocía ante la presencia de Dios en el santuario? Es la sangre del divino portador de pecado. Esto es de suma importancia y es algo que debemos entender perfectamente. La vida está en la sangre. Permítaseme ilustrar esto de una manera personal. Si yo me he arrepentido de todo pecado conocido, entonces todos mis pecados han sido cargados sobre Cristo, mi Sustituto. Su sangre lleva mis pecados. Ante el trono del Padre, Cristo figurativamente rocía su sangre sobre el altar, y de esa manera transfiere sobre éste mis pecados. ¡Ahora si que estás capacitados para escuchar una verdad estupenda!-Que ya no queda en mi ningún pecado conocido. Mis pecados han sido transferidos al santuario. Mis pecados han sido quitados. ¡Qué pensamiento más sublime! ¡Que verdad más maravillosa!

¿Has tú transferido tu pecado sobre el Cordero de Dios para que él en cambio los transfiera al santuario celestial? Muy pocos cristianos realmente entienden que mediante el ministerio de Cristo en el santuario celestial se ha hecho una separación entre ellos y sus pecados. Se nos ha dado la siguiente promesa: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9) Y, mi estimado amigo, ser lavado de toda maldad significa quedar separados de nuestros pecados. “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada y cubierto su pecado” (Salmo 32:1). Demos gracias a Dios que en el santuario celestial la preciosa sangre de Jesús cubre nuestros pecados.

Pero no olvides: Tú no puedes transferir tus pecados y a la vez retenerlos. Piénsalo bien. Si eres dueño de una propiedad y la traspasa a otra persona, firmando una escritura de traspaso la cual notarizas y luego registras, ¿sigue siendo tuya? ¡Claro que no! En ese caso pertenece a otra persona. No es posible que cargues tus pecados sobre el Señor Jesucristo y los retengas a la misma vez. Hay demasiados cristianos profesos que por alguna razón nunca parecen tener la seguridad de que el Señor ha quitado el pecado de sus vidas y los ha perdonado del todo. Han malentendido el asunto completamente. El pecador tiene que llegar al punto en su vida de aceptar como realidad que Jesús en verdad ha perdonado sus pecados. Además, debe creer que algún día hasta el registro de sus pecados será borrado, tachado para siempre en la obra de expiación final. (Véase Hechos 3:19). ¡Alabado sea Dios!

Capítulo 4: Cristo el Matemático Divino.-

Este capítulo pone de relieve a Jesucristo como gran Matemático, y aduce aún más prueba a favor de la sabiduría y el conocimiento perfectos de Dios, y de su amor y cuidado por cada uno de nosotros.

La matemática, la ciencia más exacta conocida por la humanidad, es la herramienta que usaremos para explorar una de las profecías más profundas de la Biblia. Estableceremos por medio de pruebas matemáticas que Jesús es el Mesías, el Ungido de Dios, el Santo de Israel, el Salvador del mundo.

Dichas pruebas tienen como base la profecía bíblica y los eventos relacionados con el servicio del santuario.

¿Sería alguien capaz de pronosticar con exactitud los eventos que van a suceder en el mundo de aquí a un año, o una semana, o aun el día de mañana? Sin embargo, el Libro de Dios predijo con certeza casi unos quinientos años por adelantado el año exacto en que Jesucristo comenzaría la purificación del santuario celestial previo a su Segunda Venida, cuando reuniría a su pueblo para llevarlo a las mansiones celestiales.

Comenzaremos con el capítulo 8 del libro de Daniel. En este capítulo Dios le da una visión a Daniel de lo que iba a suceder en un tiempo futuro. Leeremos el relato del propio Daniel quien nos dice un ángel fue enviado para hacerle entender en detalle la visión. He aquí un trozo de la sorprendente predicción del mensajero celestial “Y el dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado” (Daniel 8:14). Nótese que Dios le ordenó a Gabriel, el ángel de más elevado rango en el cielo, que instruya a Daniel. Fijémonos cuidadosamente en Daniel 8:16 “Gabriel, enseña a este la visión” Cuando Gabriel comenzó a abrirle el entendimiento a Daniel concerniente a los grandes eventos venideros, el profeta quedó tan fuertemente impresionado que se desmayó. El ángel lo dejó hasta que se recuperó.

Ya recuperado, pidió en oración que su instructor retornara y terminara su obra de interpretación. Declara Daniel “...aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión, al principio, volando con presteza vino a mi como a la hora del sacrificio de la tarde. Me hizo entender y habló conmigo...” (Daniel 9:21-22). De modo que el ángel Gabriel regresó para reanudar la explicación que fue interrumpida cuando a Daniel le dio un vahído. Luego, el ángel comenzó a explicarle el significado de la profecía de las 2300 tardes y mañanas. Dicha explicación angelical comienza con Daniel 9:24. “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, poner fin al pecado y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, sellar la visión y la profecía y ungir al Santo de los santos”:

Notemos bien las primeras dos palabras: sesenta semanas, Esta es una medida de tiempo. Gabriel empieza declarando, “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo”. Cuando esta profecía fue dada, el pueblo judío todavía era el pueblo escogido de Dios, por lo tanto esta primera parte tiene que ver especialmente con la nación judía porque el ángel dijo, “están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad”; o sea, Jerusalén.

La palabra “determinadas” significa cortadas en el hebreo original. En otras palabras, las setenta semanas son un segmento o parte de las 2300 tardes y mañanas que según Gabriel habían sido determinadas sobre los judíos.

Ahora estamos listos para hacer frente a nuestro primer problema de aritmética. Al total de 2300 días tenemos que restarles 70 semanas. Sin embargo, para poder restarle semanas a los días tenemos primero que convertir las semanas en días. Recordemos que una semana consta de siete días, de modo que al analizar el primer problema, es preciso tomar el número de semanas, que suman a siete, y multiplicarlo por 7, lo cual nos da un total de 490 días ($70 \times 7 = 490$). Luego le restamos los 490 días, lo cual nos deja la suma de 1810.

$70 \text{ semanas} \times 7 = 490 \text{ días}$

$2300 \text{ días} - 490 \text{ días} = 1810 \text{ días}$

Se ve ya que los 2300 días estaban divididos en dos porciones. La primera de 490 días es el tiempo que fue determinado sobre los judíos. La segunda de 1810 días es el tiempo que corresponde a los gentiles. Esto nos facilitará el descubrimiento de la fecha en que el santuario celestial había de ser purificado.

Antes de proseguir con estos cálculos, es menester que recordemos que en tiempo profético un día representa un año. Le dijo Dios al profeta Ezequiel: “... día por año, día por año te he dado” (Ezequiel 4:6). Según esta regla, los 2300 días equivalen a 2300 años literales, de modo que la primera porción de

490 años es para los judíos, y los 1810 años restantes son para los gentiles. El término de este período profético de tiempo nos lleva al mismo año en que el Señor purificaría el santuario celestial.

Para seguir adelante con nuestro proyecto de calcular el tiempo, necesitamos establecer una fecha de partida. Los 2300 años no tienen mucho significado a menos que sepamos el año de comienzo de la profecía. Por ejemplo, yo puedo decir que Martín Lutero, el más destacado de los reformadores protestantes, vivió un total de sesenta y tres años, lo cual es un hecho histórico. Sin embargo, si yo digo que Lutero nació en 1683 y que vivió por espacio de 63 años, entonces se hace posible saber en qué año murió. Lo averiguaríamos sumando 63 más 1683, la fecha de su nacimiento. ¿Verdad que es sencillo? Si, es una aritmética de lo más sencilla.

El Señor sabía que íbamos a necesitar este dato adicional, de modo que nos dio este dato adicional, de modo que nos dio la fecha de comienzo de esta profecía de 2.300 años. ¿Dónde la encontramos? Leemos que el ángel le enseñó a Daniel que las 70 semanas, o sea el período de 490 años, había de comenzar al expedirse el decreto para la restauración y reconstrucción de Jerusalén. Recordemos que Nabucodonosor había destruido esta ciudad, pero Dios declaró que llegaría el tiempo cuando sería reconstruida. Nos informamos de este decreto en Esdras 6:14. Refiriéndose al templo, dice “Edificaremos, pues y terminaron la obra, por orden del Dios de Israel, y por mandato de Ciro, de Darío y de Artajerjes, rey de Persia”. Esto nos indica que tres reyes tomaron parte en la promulgación del decreto. Esdras recibió la autorización final para restaurar el templo en el año 457 a. C. de parte de Artajerjes I, que en aquel entonces era el rey de Persia. ¿Podemos comprobar esto? La evidencia la tenemos en una carta que Artajerjes le escribió a Esdras, dándole la autorización. La encontramos en Esdras 7:12-28, un pasaje que debe leerse.

Esto nos da el punto de partida. La fecha del decreto de Artajerjes fue el año 457 a.C. Se ha establecido sin lugar a duda que el séptimo año de Artajerjes comenzó en el otoño de 458 a.C. y terminó en el otoño de 457. El decreto de Artajerjes citado en Esdras 7 entró en efecto después de la llegada del escriba Esdras a Palestina hacia fines del verano o a principios del otoño de ese mismo año. No hay por qué cuestionar esta fecha (Nota: Consúltense la obra en inglés, *The Chronology of Ezra 7*) (La cronología de Esdras 7) por los eruditos en arqueología Siegfried H. Horn y Lynn H. Wood, que fue publicada en 1953 por la Review and Herald Publishing Association).

Dios nos ha dicho que debemos empezar a contar los primeros 490 años de esta profecía desde la fecha en que fue expedido el decreto para la reconstrucción de Jerusalén en el otoño del 457 a.C. – cuatrocientos cincuenta y siete años antes de Cristo.

¡Preparémonos ahora para algo sorprendente y emocionante! Esta profecía, dada a Daniel unos quinientos años antes del nacimiento de Cristo, en efecto predijo la fecha en que el Mesías comenzaría su ministerio. Examinemos con cuidado las siguientes palabras que se encuentran en Daniel 9:25. “Sabe, pues, y entiende que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas”. Ahora estamos preparados para hacer más cálculos matemáticos:

$7 \text{ semanas} + 60 \text{ semanas} + 2 \text{ semanas} = 69 \text{ semanas} \times 7$ (cantidad de días que tiene una semana = 483 días o años – $457 = 26 + 1$ (añadiéndole unos 8 o 9 meses en vista de que el decreto fue promulgado en el otoño de ese año) = 27 d. C., la fecha en que Cristo inició su ministerio terrenal.

Sumemos las 7 semanas, las 60 semanas y las 2 semanas. Esto nos da un total de 69 semanas. Y no olvidemos que proféticamente un día representa un año, de modo que hay que multiplicar 69 por 7 (los días que tiene una semana), lo cual rinde un total de 483 días o años. Esto nos lleva a la fecha precisa en que el Mesías comenzaría su misión. Esto nos lleva a la fecha precisa en que el Mesías comenzaría su misión. Vamos simplemente a restarle 457 (la fecha del decreto de Artajerjes I) a 483 (el total de los años indicados), lo cual nos da un total de 26 años. Pero debido a que no hay un punto de partida de 0 a 1 año, y en vista de que el decreto fue promulgado hacia fines de año, hay que añadirle un año

completo, lo cual nos lleva al año 27 d.C., la fecha exacta en que Cristo comenzó su ministerio terrenal. ¿No es esto algo maravilloso?

Examinemos unos cuantos puntos más de esta extraordinaria profecía. ¿Cuál fue el evento sobresaliente del año 27 d.C.? Las Sagradas Escrituras relatan que una multitud se reunió a las orillas del río Jordán. Juan estaba bautizando y Jesús acudió a él solicitando ser bautizado también. Al ver a Jesús, Juan inmediatamente se dio cuenta de que estaba en presencia de un ser santo y quiso eludir su pedido diciendo: “Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?” Jesús miró a Juan y le respondió: “Permítelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mateo 14:15). Luego, Juan bajo la inspiración de Dios, proclamó a todos lo que estaban reunidos en la ribera del río que Jesús era el Salvador de la humanidad. Declaró: “¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). Después, Juan condujo a Jesús al agua, y lo bautizó por inmersión. Cuando salió Jesús del agua, los cielos se abrieron y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma, y oyó la voz del Padre desde el cielo declarando que Jesús era su Hijo amado: “...el cielo se abrió y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma; y vino una voz del cielo que decía: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia (Lucas 3:22).

Después de esta unción de lo alto y de unos cuarenta días de tentación en el desierto, Jesús empezó su ministerio en el otoño del año 27 d.C. en el tiempo preciso que había sido profetizado. El mismo Jesús estaba consciente de esta profecía de tiempo porque empezó a predicar diciendo: “El tiempo se ha cumplido...” (Marcos 1:15) ¿Cuál fue la profecía que se cumplió? La de los 483 años de Daniel 9:25. Las palabras “el tiempo se ha cumplido” nos indican que Jesús estaba enterado de la profecía de Daniel. ¿Y por qué no? Fue él mismo quien por intermedio del ángel Gabriel habría instruido a Daniel. Él había profetizado que 69 semanas después de haber sido expedido el decreto, el Mesías aparecería en la tierra para comenzar su ministerio. Y es un hecho que cuando las 69 semanas se cumplieron, Jesús el Mesías se manifestó a la hora indicada y de inmediato empezó a predicar que el tiempo se había cumplido.

Amigos míos, ¿habrá alguien en el mundo capaz de predecir lo que va a suceder de aquí a un año? Yo no puedo ni siquiera anunciar lo que va a ocurrir mañana mismo. Pero un Libro, la Palabra de Dios, que predijo lo que iba a suceder centenares de años después. La Biblia es verdaderamente un libro de origen divino porque predijo el año exacto en que Cristo se manifestaría para comenzar su ministerio: en el año 27 d.C.

La fecha del 27 d.C. nos acerca más al fin de las 69 semanas. ¿Cuántas semanas faltan? (Recordad lo que dice Daniel 9:24. “Sesenta semanas están determinadas sobre tu pueblo”). Si falta solamente una semana. Y fue una semana de veras extraordinaria. Leamos el versículo 27: “Por otra semana más confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda y a la ofrenda”. Si dividimos una semana por la mitad, ¿cuántos días son los que indican el punto medio? La mitad de 7 días son 3 días y medio. Recordaréis que, de acuerdo al tiempo profético, 3 días y medio equivalen a 3 años y medio. Lo que indica la Biblia que a la mitad de la última de las setenta semanas se quitaría la vida del Mesías. En la versión Nácar-Colunga de la Biblia, Daniel 9:26 reza así: aquí es que a la mitad de la última de las setenta semanas se quitaría la vida al Mesías. “será muerto un ungido sin que tenga culpa”. ¿Os dais cuenta del profundo amor un ungido sin que tenga culpa? ¿Os dais cuenta del profundo amor de Dios no se mereció la muerte, como tampoco la merecía el cordero ofrecido en holocausto por el pecador en el santuario terrenal. Cristo no era culpable de ningún pecado. Aun el gobernador romano que lo sentenció a muerte dijo: “Yo no hallo en él ningún delito”. De todos modos, fue muerto, fue sacrificado, aunque no tenía culpa alguna. Amigos míos, el Ungido gustó la muerte para cada uno de nosotros. “Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5).

El ángel Gabriel le dijo a Daniel: “...a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (Daniel 9:27) ¿De que manera? Al ofrecerse así mismo como el supremo Sacrificio sobre la cruz, el

sistema de sacrificios del santuario caducó porque Jesús, el gran Cordero de Dios, se convirtió en la ofrenda y a manera de Sustituto murió la muerte que el pecador merecía.

Todavía nos quedan otros cálculos que hace. Hemos confirmando el año 27 d.C., pero la profecía le añade unos tres años y medio más a esta fecha, de modo que ahora tenemos un total de 30 años y medio, lo cual nos lleva a la fecha exacta en que fue sacrificado el Hijo de Dios. ¿No es esto una maravilla? Si fue en el año 31 de. C. que Jesús pronunció estas palabras inolvidables mientras pendía de la cruz: “¡Consumado es!.

70 semanas -69 semanas = 1 semana

1 semana = 7 días + 2 = 3 días y medio (o años proféticos)

27 d. C. (otoño) + 3 años y medio = 30 años y medio d.C. Esta profecía nos lleva hasta la temporada de otoño. Le añadimos medio año más y el resultado es la primavera del 31 de. C.

¿Qué aconteció en el santuario terrenal en el año 31 d.C.? El velo que dividía el lugar santo del lugar santísimo misteriosamente se rasgó en dos de arriba abajo, indicando que los sacrificios terrenales ya no tenían ningún significado. Se había llevado a cabo el sacrificio del Cordero de Dios. “Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró. Entonces el velo del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo” (Marcos 15:37-38).

Por espacio de unos mil quinientos años los judíos habían ofrecido un cordero durante la fiesta de la Pascua. Si ellos hubieran estudiado la maravillosa profecía de los 2.300 años, a la luz del servicio típico del santuario, hubiesen sabido cuándo aparecía el Mesías, como también el mes, el día y la hora en que Cristo sería crucificado. Según las leyes de los judíos, el cordero pascual era sacrificado exactamente a las 3 de la tarde.

Es admirable que más de quinientos años antes de ocurrir, su muerte había sido profetizada en detalle. Este sorprendente hecho histórico corrobora la veracidad de la Palabra de Dios porque estableció mediante cálculos matemáticos que Jesucristo es el Cordero de Dios y el Salvador de la humanidad.

Véase la Fig. Núm. 4 que sigue. Nótese la fecha de 31 d.C. (primavera), tomada de la Fig. Núm. 3 Súmense los tres años y medio restantes a esa fecha y se verá que el total indica el otoño del año 34 d.C.

31 d.C. (primavera) + tres años y medio = 34 d.C. (otoño)

¿Qué fue lo que ocurrió en esta fecha específica del 34 d.C.? Este es el año en que Esteban, el primer mártir cristiano murió apedreado en manos de los judíos durante la persecución contra los seguidores de Cristo. Fue entonces que la recién fundada Iglesia Cristiana salió de Jerusalén para difundir el evangelio entre los gentiles-por todas las naciones de la tierra.

Hasta aquí nuestro estudio ha abarcado los primeros 490 años de la profecía de los 2300 años inclusive el año cuando el evangelio fue llevado a los gentiles. Ahora pasaremos al segundo segmento de esta profecía de tiempo: el período de los 1810 días o años. ¿Qué era lo que iba a ocurrir a fines de esta parte de dicha profecía? “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas, y el santuario será purificado” (Daniel 8:14). Véase ahora la figura que aparece abajo. Si sumamos el año 34 d.C. a los 1810 años, caemos en el año 1844. Según la profecía, la purificación del santuario comenzaría en esa fecha.

34 d.C. (otoño) + 1810 (Véase la Fig. Núm.1) = 1844 (otoño)

Ahora estamos listos para considerar lo que se había de llevar a cabo en el santuario celestial en el otoño de 1844. Descubriremos en el próximo capítulo que durante el proceso de purificación del santuario que comenzó entonces-es decir, el juicio investigador-cada uno de nosotros tendrá que rendir cuenta ante Dios y demostrar que la sangre de Cristo ha cubierto todos nuestros pecados. Este es el factor que determinará nuestro destino final.

El presente capítulo ha puesto de manifiesto que Cristo era el verdadero Cordero, y que inmolado, conforme a la profecía, el mismo día en que se sacrificaba el cordero pascual. El ritual que acompañaba el sacrificio de la Pascua era un recordativo de la ocasión en que pueblo de Israel fue libertado de la esclavitud egipcia. Pero también prefiguraba una mayor liberación: la liberación de la esclavitud del pecado por medio del magno sacrificio de Jesús sobre la cruz. El apóstol Pablo se refiere a Cristo como “nuestra Pascua” que “fue sacrificada por nosotros” (1 Corintos 5:7).

Viene a mente el relato del ángel destructor que pasó por la tierra de Egipto para matar a los primogénitos tanto de hombres como de bestias. Todas las moradas en Israel fueron pasadas por alto porque el padre de cada familia había degollado un cordero y rociado su sangre el dintel y los dos postes de la puerta de la casa; sin embargo, en todo hogar egipcio hubo muerte. Amados, pronto el ángel destructor de Dios volverá a recibir una orden, y esta vez será la de destruir a todos los pecadores en el mundo entero. Sólo aquellos que estén cubiertos por la sangre de Cristo escaparán de la ira de Dios. Hoy es el día propicio para asegurarnos de que estamos cubiertos por la preciosa sangre del Cordero de Dios. No olvidemos la promesa contenida en Éxodo 12:13. “...veré la sangre y pasaré de largo ante vosotros”.

Así que, valiéndonos de una metodología numérica, hemos establecido fuera de toda duda que Jesucristo es el Cordero de Dios. Pero además, hemos aprendido algo aún más importante: que en el año 1844 Jesucristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, entró en el lugar santísimo del santuario celestial para realizar su obra de juzgar todo caso individual y para purificar el santuario. Esta obra de purificación la hace el mismo Cristo quien, en virtud de su propia sangre, borra los pecados perdonado de sus redimidos-los pecado que habían sido registrados en los libros del cielo.

Si mediante la justicia de Cristo hemos preparado nuestras vidas arrepiéntndonos, confesando nuestros pecados y entregándonos sin reservas a él, seremos considerados justos ante el tribunal divino, y la expiación final se efectuará en nuestro favor.

Capítulo 5: Cristo nuestra Propiciación.-

Mencionemos una vez más que uno de los factores más importante de la vida cristiana es la conversión. Todo cristiano profeso necesita experimentar el sosiego que resulta de la conversión. En verdad, este es el anhelo profundo de cada corazón. El apóstol Pedro insiste en que el arrepentimiento y la conversión son una condición necesaria para que los pecados sean borrados. Este acto de borrar o quitar el pecado es aún otro aspecto muy importante del plan de la salvación.

La base de nuestro estudio la tenemos en Hechos 3:19 (Reina-Valera 1960)- “Así que, arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados...” ¿Con qué fin? “...para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”. Sabemos que el ser humano nunca se sentirá completamente satisfecho, ni disfrutará de verdadera tranquilidad espiritual, hasta que no tenga la plena seguridad de que todo pecado conocido ha sido confesado, abandonado y perdonado. Sólo entonces podrá anhelar el día en que el registro de sus pecados haya sido permanentemente borrado por la mano de Dios. Los “tiempos de refrigerio” han sido identificados por la pluma inspirada como una representación del juicio, el derramamiento de la lluvia tardía, y el sellamiento. El Refrigerio proviene del santuario celestial.

Es por eso que debemos estudiar detenidamente lo ocurre dentro del santuario con relación a los pecados que han sido llevados allí en virtud de la sangre de Cristo y su obra sustituidora. Leemos en Hebreos 9:6-7. “Así dispuestas estas cosas en la primera parte del Tabernáculo entras los sacerdotes continuamente para cumplir los oficios del culto. Pero en la segunda parte, entra solo el sumo sacerdote una vez al año, llevando la sangre que ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo”. ¿Quién oficiaba en el primer departamento del santuario? El sacerdote. ¿Con qué frecuencia?- A diario. ¿Quién podía entrar al lugar santísimo?-Únicamente el sumo sacerdote. ¿Cuán a menudo?-Sólo una vez al año. ¿Y qué llevaba consigo?-Llevaba la sangre, la sangre expiatoria. El camino que conduce al

santuario es un camino ensangrentado; y dentro del santuario encontramos más sangre: sobre los cuernos del altar de bronce, sobre el altar de oro, y sobre el propiciatorio. La sangre es siempre una representación del sacrificio de Cristo. En un bello pasaje del CS:469, leemos “Su intercesión es la de un cuerpo traspasado y quebrantado y de una vida inmaculada. Las manos heridas, el costado abierto, los pies desgarrados, abogan a favor del hombre caído, cuya redención fue comparada a tan infinito precio”.

El santuario terrenal tenía que ser purificado o limpiado por medio de la sangre de animales. ¿Pero qué en cuanto al santuario celestial? La Epístola a los Hebreos dice que era necesario que las cosas celestiales fueran purificadas “con mejores sacrificios que estos” (Hebreos 9:23). Aquí, por supuesto, se alude al sacrificio de Cristo y al derramamiento de su sangre. Volvamos a leer en el CS:470.

“En ambos servicios, el típico y el real, la purificación debe efectuarse con sangre; en éste, con la sangre de Cristo. San Pablo dice que la razón por la cual esta purificación debe hacerse con sangre, es porque sin derramamiento de sangre no hay remisión”. ¿Y que es remisión? Elena G. de White concluye diciendo: “La remisión, o sea el acto de quitar los pecados, es la obra que debe realizarse” (Ibíd.)

Leemos en Hebreos 9:23-24. “Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fueran purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos, porque no entró Cristo en el santuario hecho por los hombre, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros ante Dios”.

Son sublimes las últimas palabras de esa cita bíblica: Cristo entró en el santuario para presentarse por nosotros ante Dios. Estas palabras divinamente inspiradas nos indican que Jesús no fue enviado en calidad de préstamo hace dos milenios, sino que nos fue concedido como un don eterno. Cuando él ascendió a los cielos, llevó consigo los pecados del mundo al primer departamento del santuario.

Por espacio de 1810 años el Señor presentó a su pueblo allí en el primer departamento, tal como lo hacía diariamente el sacerdote en el antiguo santuario terrenal. Sin embargo, debemos notar que ha habido un cambio. Una vez al año el sumo sacerdote entraba en el segundo departamento. De igual manera, Cristo entró en el segundo departamento una vez en el año 1844. Espero Que el lector me esté siguiendo con cuidado. Pregunto: ¿Cuánta veces entraba el sumo sacerdote en el segundo departamento?-Una vez al año. ¿Vuelve a entrar Jesús allí cada año? ¡Definitivamente no! ¿Y por qué no?-Porque es algo que hace una vez por todas durante estos últimos días. Y continuará su ministerio allí hasta que haya terminado su obra de intercesión. Nótese bien las palabras de Hebreos 9:26. “...pero ahora, en la consumación de los tiempos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado”. Sabemos que la expresión “la consumación de los tiempos” se refiere a los últimos días, poco antes de la Segunda Venida de Cristo. Y en respuesta a la pregunta acerca del propósito de Cristo al entrar en el lugar santísimo en el tiempo del fin, las Escrituras contestan que es “para quitar de en medio el pecado” por su propio sacrificio. Quitar de en medio es una expresión enfática. Se emplea en las Sagradas Escrituras en el sentido de darle de divorcio a una mujer. El marido que hacía esto “quitaba de en medio” a su compañera. A la luz de este significado, podemos ver que en estos últimos días Jesús está empeñado en la obra de “divorciar” a su pueblo del pecado. Ninguna conferencia de paz tendrá un éxito permanente y ningún nuevo orden mundial bajo la Organización de las Naciones Unidas podrá eliminar el problema del pecado. Éste permanecerá hasta que sea definitivamente resuelto mediante la obra de extirpación del pecado que se está realizando durante estos postreros días en el santuario celestial.

¿Qué ha estado pasando en el segundo departamento celestial desde 1844? Nuestro gran Sumo Sacerdote, Jesús, ha estado llevando a cabo el juicio investigador, impartiendo a todos aquello que lo merecen los beneficios de su expiación.

Leemos en el CS:474-475, que “Cristo entró entonces en el lugar santísimo del santuario celestial para cumplir la obra final de la expiación preparatoria para su venida”. Y además: “Este es el servicio que empezó cuando terminaron los 2300 días. Entonces, según lo había anunciado Daniel el profeta,

nuestro Sumo Sacerdote entró en el lugar santísimo, para cumplir la última fase de su solemne obra: la purificación del santuario”.

En 5T:520, encontramos estas desafiantes palabras: “La obra sagrada de Cristo a favor del pueblo de Dios que se está llevando a cabo presentemente en el santuario celestial deberá ser objeto de nuestro estudio constante”.

A la luz de las citas antedichas, podemos ver que había una gran diferencia entre lo que pasaba en los dos diferentes departamentos del santuario terrenal. En el primero, los pecados de los penitentes eran transferidos al santuario por conducto del sustituto. Por otro lado, en el segundo, el sumo sacerdote rociaba la sangre de la víctima sobre el propiciatorio con el propósito de borrar el pecado. Esto era lo que ocurría en el Día de la Expiación celebrado anualmente. Pasemos ahora a Lev. 16:5. Este pasaje nos revela lo que antiguamente hacía el sumo sacerdote en el lugar santísimo en el Día de la Expiación. “De la congregación de los hijos de Israel tomará dos machos cabríos para la expiación y un carnero para el holocausto” El sacerdote luego echaba suertes sobre los dos machos cabríos que habían sido traídos, para así determinar cuál sería el de Jehová destinado a la expiación del pecado del pueblo, y cuál el chivo expiatorio que sería soltado en el desierto. “Luego echará suertes Aarón sobre los dos machos cabríos, una suerte por Jehová y otra suerte por Azazel. Y hará traer Aarón el macho cabrío sobre el cual caiga la suerte por Jehová y lo ofrecerá como expiación”. (Véase la Figura Núm. 12).

Nótese que el macho cabrío de Jehová era sacrificado como ofrenda de pecado, y Lev. 16:15 nos revela lo que se hacía con la sangre del mismo. “Después degollará el macho cabrío como expiación por el pecado del pueblo, llevará la sangre detrás del velo adentro...”, es decir, la llevaba al lugar santísimo. ¿Y qué hacía con ella?—“...la esparcía sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio”. De modo que la sangre del macho cabrío de Jehová era llevado al lugar santísimo del santuario y rociada sobre el propiciatorio que allí estaba. Este acto obraba una expiación completa y final a favor el pueblo. Por eso no era todo lo que sucedía Lev. 16:20-21 dice: “Cuando haya acabado de expiar el santuario, el Tabernáculo de reunión y el altar, hará traer el macho cabrío vivo. Pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados. Así los pondrá sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por medio de un hombre destinado para esto”.

Me gusta como lo expresa Elena G. de White en el libro PP:369 -370.

“El día de la expiación, el sumo sacerdote, llevando una ofrenda por la congregación, entraba en el lugar santísimo con la sangre, y la rociaba sobre el propiciatorio, encima de las tablas de la ley. En esa forma los requerimientos de la ley, que exigían la vida del pecador, quedaban satisfechos. Entonces en su carácter de mediador, el sacerdote tomaba los pecados sobre sí mismo, y salía del santuario llevando sobre sí la carga de las culpas de Israel. A la puerta del tabernáculo ponía las manos sobre la cabeza del macho cabrío símbolo de Azazel, y confesaba “sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones, y todos sus pecados, poniéndolos así sobre las cabeza del macho cabrío”. Y cuando el macho cabrío que llevaba estos pecados era conducido al desierto se consideraba que con él se alejaban para siempre del pueblo. Tal era el servicio verificado como “figura y sombra de las cosas celestiales (Hebreos 8:5)”. Véase la Figura Núm. 13). El acto culminante del Día de la Expiación era el de llevar al desierto el chivo expiatorio, símbolo de Satanás y soltarlo allí para que muriera.

Al concluir los mil años, Satanás recibirá su castigo en el lago de fuego donde los malvados sufrirán la segunda muerte. Nuestro archienemigo no solamente sufrirá por causa de sus propios pecados, sino por los de todos los santos redimidos que fueron puestos sobre su cabeza en el acto final de expiación. Se nos dice que él sufrirá por más tiempo allí que cualquier otro ser creado.



Imaginémonos la escena. Observamos a un hombre que se lleva al macho cabrío fuera del santuario. ¿Por qué se lo lleva? - Porque carga sobre su cabeza todos los pecados confesados y abandonados por pueblo de Dios. ¿Quién se los colocó encima? El sumo sacerdote. ¿De dónde sacó el sumo sacerdote esos pecados? Notamos con interés que el mismo sumo sacerdote cargaba sobre su propio cuerpo algunos de los pecados porque, conforme a las reglas rituales, a veces él se debía comer una porción de la carne del holocausto ofrecido. Los demás pecados los tomaba del lugar santo del santuario. ¿Recordáis de qué manera habían llegado allí? Fueron colocados allí por medio de la sangre que el sacerdote introducía en el santuario. Eran los pecados que los culpables habían confesado y en efecto trasferido sobre la cabeza del sustituto. Una vez transferidos los pecados sobre la víctima, el pecador la degollaba. Así logramos ver que hay dos pasos que se dan para obrar la separación entre el pecado y el pecador. Primero, el pecado debe ser transferido al primer departamento del santuario llamado el lugar santo. En segundo lugar, hay que llevar a cabo una obra especial para sacar los pecados del santuario. He aquí una ilustración sencilla que nos ayudará a comprender este proceso de separación del pecado.

En toda ciudad hay lavanderías y periódicamente se hallan personas allí que han traído su ropa sucia. ¿Por qué la traen? Para lavarlas, por supuesto. Para eso son las lavanderías, ¿verdad? La ropa entra sucia y sale limpia. El apóstol Pablo emplea este mismo lenguaje figurado cuando dice: “Maridos amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a si mismo por ella...” ¿Con qué propósito se entregó por ella? -“para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de representársela a si mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha”. (Efesios 5:25-26).



Figura Núm.13

EL CHIVO EXPIATORIO ES LLEVADO AL DESIERTO

El santuario le provee a la iglesia un servicio completo de lavamiento para que el pueblo de Dios sea purificado y pueda sin temor darle la bienvenida al Señor cuando regrese. Todo miembro de iglesia debe estar esperando la aparición de Jesús en un estado de completa limpieza y pureza. Pero Dios puede lavarnos y limpiarnos solamente de los pecados que le hayamos traído a él. Nuestra mayor preocupación debe ser el tener la seguridad de haber entregado nuestras ropas contaminadas por el

pecado en manos de nuestro gran Sumo Sacerdote para que él se encargue de lavarlas en el santuario y no permanezcan en la canasta de ropa sucia de nuestras mentes.

¿Cómo le entregamos nuestra ropa manchada de pecado a Cristo para que él la limpie? En verdad, es sólo arrepintiéndonos de él, abandonándolo, y pidiéndole a nuestro misericordioso Sumo Sacerdote que lo quite de nuestra vida. Debemos ir al Calvario con fe y allí contemplar a Jesús derramando su preciosa sangre por nosotros. Luego, por la fe, hemos de seguir a nuestro Salvador mientras traslada nuestros pecados al santuario celestial. Pero esto no es todo. En el Día de la Expiación final, al “rociar” Cristo su sangre sobre el propiciatorio, ¿no quedará vestigio ni del propio registro de nuestros pecados! En este acto final, los llevará fuera del santuario y los colocará sobre la cabeza del chivo expiatorio. Satanás.

Surge una gran pregunta. ¿A qué se debe que cuando confesamos nuestros pecados ellos no son borrados inmediatamente? Permítaseme ilustrado de la siguiente manera. Imaginémonos que yo escribo sobre un pizarrón la palabra PECADO. Este vocablo reprenda el pecado de una persona que viene al Señor Jesús en busca del perdón. ¿Qué hace Jesucristo? Él no quiere que esta persona vuelva a ver ese pecado otra vez, de modo que lleva el pecado al santuario y rocía su sangre sobre él. Si nos fuera posible examinar el registro celestial de los pecados, descubriríamos que, efectivamente, este pecado está cubierto por la preciosa sangre de Cristo. La persona ha sido perdonada. Para ilustrar este punto, supongamos que yo cubro con un pañuelo la palabra PECADO. En este caso, la palabra no se ve. ¿Por qué? -Porque el pañuelo impide que se vea, aunque la palabra todavía aparece en el pizarrón. De modo que hay que hacer algo más. La palabra PECADO tiene que ser borrada. Ahora bien, figurémonos que yo tomo el mismo pañuelo y borro la palabra PECADO. Ya no se ve más. Nótese dos palabras en Salmo 32:1. “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada y cubierto su pecado”. Mis caros amigos, cuando nuestros pecados son perdonados, son cubiertos. Pero recordemos lo que dice en Hechos 3:19-20. “Así que, arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerios, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado...” Esto quiere decir que cuando Jesús vuelva por segunda vez, va a “borrar” los pecados que habían sido cubiertos; esto es, siempre y cuando que tú y yo llenemos los requisitos.

La experiencia de Jacob ilustra muy bien la necesidad de cumplir con las condiciones necesarias para la salvación. Leemos el libro PP:200. “Si Jacob no se hubiese arrepentido antes por su pecado consistente en tratar de conseguir la primogenitura mediante un engaño, Dios no habría podido oír su oración ni conservarle bondadosamente la vida” Las palabras que siguen son de particular interés para todos nosotros: “Así será en el tiempo de angustia. Si el pueblo de Dios tuviera pecados inconfesos que aparecieran ante ellos cuando los torturen el temor y la angustia, serían abrumados; la desesperación anularía su fe, y no podrían tener confianza en Dios para pedirle su liberación. Pero aunque tengan un profundo sentido de su indignidad, no tendrán pecados ocultos que revelar. Sus pecados habrán sido borrados por la sangre expiatoria de Cristo, y no los podrán recordar”

Esto me da ganas de exclamar, ¡Alabado sea el Señor! Es preciso que conozcamos las tácticas del enemigo de las almas.

“Satanás induce a muchos a creer que Dios pasará por alto su infidelidad en los asuntos menos importantes de la vida, pero en su proceder con Jacob el Señor demostró que de ningún modo puede aprobar ni tolerar el mal. Todos los que traten de ocultar o excusar sus pecados, y permitan que permanezcan en los libros del cielo inconfesos y sin perdón, serán vencidos por Satanás” (Ibid)

Una vez más volvemos a preguntar por qué no son borrados los pecados inmediatamente después de ser confesados. Y otra vez vuelvo a ilustrarlo. Hace algunos años el mensaje Adventista llegó al corazón de una pareja casada. Convencidos por el Espíritu Santo de que habían escuchado la verdad, aceptaron el mensaje. Pero el esposo había usado el tabaco por mucho tiempo. Lo había mascado desde que era niño; de hecho, cuando apenas tenía los nueve años, acostumbraba sacárselo del bolsillo a su padre, de modo que el hábito estaba bien arraigado. Sin embargo, al aceptar el evangelio, descartó el uso del tabaco. Pero repetidas veces sentía la atracción del viejo hábito. Su esposa relataba cómo él se sacaba el

tabaco del bolsillo y lo botaba en el maizal lo más lejos posible y pasaba el día de lo mejor. No obstante había veces que después de la cena la esposa miraba por la ventana y lo veía caminando entre las hileras de maíz rebuscando por todos lados. ¿Y qué era lo que andaba buscando? Es fácil adivinarlo. Buscaba el tabaco que había botado. Pero gracias sean dadas a Dios que llegó el día que descartó el tabaco para siempre y vivió unos sesenta años más habiendo obtenido la victoria completa sobre su hábito. Agradecemos a Dios que hay poder en la sangre del Cordero.

Esto me hace recordar uno de los antiguos himnos que hace tiempo cantábamos en nuestras iglesias y que por fortuna todavía aparece en el himnario de iglesia. Me refiero al himno 290 del Himnario Adventista, que dice en parte:

¿Quieres ser salvo de toda maldad?
Tan sólo hay poder en mi Jesús.
¿Quieres vivir y gozar santidad?
Tan solo hay poder en Jesús.

Hay poder, sí, sin igual poder
en Jesús, quien murió;
hay poder, sí, sin igual poder,
en la sangre que él vertió

Dios no le impidió a aquel hombre encontrar el tabaco, aunque pudo haberlo hecho. Era preciso que el hombre hiciera su propia decisión y ganara la victoria mediante el poder divino.

Nos hemos podido dar cuenta por medio de las citas que hemos leído que Dios no borra los pecados para siempre en el preciso momento que le pedimos el perdón por ellos porque conoce la naturaleza de las luchas del ser humano y el poder del pecado. Él respeta nuestro libre albedrío, lo cual quiere decir que si tú quieres volver al pecado Dios no te lo va a impedir. Esto se explica en libro PP:371. “Aunque la sangre de Cristo habría de librar el pecador arrepentido de la condenación de la ley, no había de anular el pecado; éste queda registrado en el santuario hasta la expiación final; así en el símbolo, la sangre de la víctima quitaba el pecado del arrepentido, pero quedaba en el santuario hasta el día de la expiación.

“En el gran día del juicio final,...serán juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Apoc. 20:12) Entonces, en virtud de la sangre expiatoria de Cristo, los pecados de todos los que se hayan arrepentidos sinceramente serán borrados de los libros celestiales. En esta forma el santuario será liberado, o limpiado, de los registros del pecado”.

¿No sientes un gran deseo de alabar a Dios por lo que está ocurriendo en el santuario celestial ahora y por el período de expiación final?

Hace poco tiempo una madre acudió llorando a un pastor rogándole que orara por su hijo. Entre sollozos, ella le contó que su hijo había vivido una vida de pecado y había caído en la penitenciaría por criminal. ¿Quién creemos que sufriría más, el muchacho tras las rejas en la prisión, o la madre sola en la casa? En medio de su quebranto, la mujer le imploró al ministro. “Oh, pastor, ore por mi hijo” No se le ocurrió nada más. Estaba profundamente interesada en el bienestar de su hijo.

Es mi deber proclamar que Jesucristo está ahora mismo en el santuario celestial con el propósito de quitar el pecado de nuestras vidas. ¿Por qué razón?-Porque en la cruz llevó nuestros pecados sobre su cuerpo y seguirá llevándolo hasta que la expiación final, que consiste en colocar los pecados sobre Satanás, sea terminada. De modo que Cristo seguirá compadeciéndose de nosotros hasta que nos haya separado del pecado para siempre. Cuando de veras comprendamos la manera en que el Señor sufre por causa de nuestros pecados, seguramente querremos remediar esa situación ¿Había manera de subsanar la herida de aquella madre que lloraba apenada por su hijo encarcelado? Claro que sí. Supongamos que su hijo se hubiese sentado en su celda a escribirle una carta a su madre diciéndole: “Reconozco que me

he portado mal. He violado la ley y te he partido el corazón. Le he pedido a Dios que me perdone y ahora, mi querida madre, te estoy pidiendo que tú me perdones también. De ahora en adelante, por la gracia de Dios, voy a portarme como es debido” ¿Cómo hubiera reaccionado aquella madre? ¿Se hubiera aplacado el dolor que sentía en su corazón? Por supuesto que sí. En lugar de llorar de tristeza, hubiera rebotado de alegría.

Escúchame bien, amigo mío. Escrito está que hay gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente. En estos mismos momentos, mientras contemplas a tu gran Sumo Sacerdote en pie ante el propiciatorio del santuario celestial, levantando en alto sus manos heridas ante el Padre, intercediendo por ti, ten en cuenta que él siente un profundo dolor por causa de tus pecados. Pero si aceptas a Jesús como tu Salvador personal, alegrarás su corazón. No sólo cubrirá él tus pecados, sino que en estas últimas horas de la historia, justamente antes de terminar el tiempo de gracia, los borrará del todo. Sólo en Cristo podremos romper las ataduras del pecado. Sólo mediante su obra en el santuario celestial y con nuestra cooperación podrá realizarse la separación eterna entre el pecado y el pecador.

Capítulo 6: Cristo, Abogado para con el Padre.-

En el capítulo 4, al estudiar Daniel 8:4, descubrimos algunos hechos asombrosos concernientes a la profecía que abarcó unos 2300 años de historia mundial. “Hasta dos mil trescientos tarde y mañanas; luego el santuario será purificado” Esta gran profecía de tiempo se divide en dos secciones. La primera cubre un lapso de 490 años; la segunda se extiende a través de unos 1810 años, llevándonos hasta el otoño de 1844 d.C. Fue precisamente a esta fecha que se refirió el profeta Daniel. Citemos una vez más Daniel 8:14. “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas luego el santuario será purificado”

Para entender el significado de las palabras “...luego el santuario será purificado”, es preciso que sepamos a qué santuario se alude aquí porque no hay que olvidar que en la Biblia se mencionan dos santuarios; el que existió desde el tiempo de Moisés hasta Cristo, y el celestial que siempre ha sido. Leemos lo siguiente en Hebreos 9:1. “...aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal”. Ese primer pacto mencionado en este pasaje bíblico duró desde Moisés hasta la crucifixión de Cristo y, como lo indica claramente el texto, sus ordenanzas se efectuaban en el santuario terrenal. Los próximos cuatro versículos describen este santuario; “...pues el Tabernáculo estaba dispuesto así: en la primera parte, llamada el Lugar Santo, estaban el candelabro, la mesa y los panes de proposición. Tras el segundo velo estaba la parte del Tabernáculo llamada el Lugar Santísimo. Allí había un incensario de oro y el Arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que había una urna de oro que contenía maná, la vara de Aarón que reverdeció y las tablas del pacto. Sobre la urna estaban los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio”. No puede haber equivocación en cuanto al sentido de este pasaje: es una descripción del santuario o tabernáculo que fue construido en el desierto y de los artículos que contenía, como por ejemplo la urna de oro que contenía maná y la vara de Aarón que reverdeció.

Los servicios del santuario terrenal se llevaron a cabo hasta que fue edificado el templo de Salomón, dentro del cual siguieron realizándose hasta que fuera destruido por Nabucodonosor, rey de Babilonia. Más adelante, en los días de Zacarías el profeta, el templo fue reconstruido. Este era el santuario del primer pacto que estaba en pie cuando Cristo anduvo en la tierra.

Ya se ha visto que el sacerdote entraba en el primer departamento del santuario diariamente durante el año para cumplir ciertas funciones que tenían que ver con la obra de hacer separación entre el pecado y el pecador. El sacerdote pasaba a través del velo y entraba en el segundo departamento, o lugar santísimo, solamente una vez al año. Esto se verificaba en el Día de la Expiación cuando el sacerdote entraba en el segundo departamento para purificarlo. El santuario señalaba al Señor Jesucristo como Redentor nuestro. En su totalidad, los servicios del santuario eran símbolos del ministerio sacerdotal de Cristo y todo holocausto lo representaba a él.

Es preciso recordar que todos los artículos del santuario eran símbolos de Cristo como Redentor nuestro. El candelabro de oro era un símbolo de Jesús quien se declaró ser “la luz del mundo” (Juan 8:12) El pan de proposición representaba a Jesús, quien dijo. “Yo soy el pan de vida. El que a mi viene nunca tendrá hambre” (Juan 6:35) Él era el verdadero pan descendido del cielo del cual podemos alimentarnos y vivir para siempre. El altar de incienso prefiguraba a Jesús como Intercesor y Redentor que defiende nuestro caso ante Dios. El propiciatorio, símbolo de trono de Dios, representaba la expiación hecha en nuestro favor en virtud de la sangre de Jesús. El altar del holocausto o sacrificio es una representación de Jesús como Cordero de Dios inmolado por nosotros. Luego estaba el lavacro, que era una representación de Jesús, el que nos lava y hace aceptables ante la misma presencia de nuestro gran Dios.

Que el santuario en su totalidad fuese una representación simbólica del ministerio sacerdotal de Cristo es una maravillosa revelación. Él estaba representando en cada sacrificio y cumplió las dos fases del sacerdocio: 1) la de morir como sustituto por la humanidad caída; y 2) la de interceder ante el Padre a favor de todo pecador arrepentido. Pero todas estas cosas-el mobiliario y los accesorios del santuario terrenal, como también el sistema ceremonial de sacrificio de animales; las ofrendas, los servicios en que oficiaban los sacerdotes-, llegaron a su fin cuando Cristo, el Cordero de Dios, murió en la cruz y exclamó, “¡Consumado es!” y el velo del templo, también símbolo de su cuerpo mutilado, se rasgó en dos de arriba abajo.

Cuando ascendió a los cielos, Cristo “...no entró en el santuario hecho por los hombres, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para representarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:24). De modo que el santuario terrenal caducó y pasó a la historia. Fue destruido por el ejército romano en el años 70 d.C.

“Ahora bien, el punto principal de los que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos. Él es ministro del santuario y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre” (Hebreos 8:1-2). Este santuario, que había de ser purificado, es el celestial, donde Jesús lleva a cabo su ministerio de intercesión. El santuario terrenal se aplicaba al primer pacto. El santuario celestial tenía que ver con el nuevo y eterno segundo pacto. En otras palabras, el nuevo pacto, ratificado por la sangre de Cristo derramada en la cruz del Calvario, reemplazó el antiguo pacto. Por lo tanto, el santuario celestial tomó el lugar del santuario terrenal. El sacerdote del antiguo pacto ejerció su ministerio en el santuario terrenal hasta que Cristo sacrificado, pero al dar su vida como Cordero de Dios una vez para siempre, Jesús penetró los cielos para presentar su sangre por nosotros en calidad de Sumo Sacerdote en el santuario celestial.

Bajo el antiguo pacto, los sacerdotes ejercían su ministerio en relación con los Diez Mandamientos. Y Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote, que ahora se encuentra en el cielo, bajo el nuevo pacto ejerce su ministerio en relación con esos mismos preceptos originales, los Diez Mandamientos dados por Dios. Leemos en Hebreos 8:8-10. “Vienen días-dice el Señor-en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto. No como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de Egipto. Como ellos no permanecieron en mi pacto, yo me desentendí de ellos-dice el Señor... “Ojo, por favor, a lo siguiente: “Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días-dice el Señor-Pondré mis leyes en la mente de ellos y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios y ellos me serán a mi por pueblo” ¿Qué es lo que dice Dios? Dice que quitará el pecado de sus corazones, les dará un nuevo corazón y escribirá sus leyes en sus mentes y sobre sus corazones. Dios no dijo, “Abrogaré mi pacto, y os daré leyes nuevas” Ni tampoco dijo, “Os daré gracia en reemplazo de los Diez Mandamientos” Lo que en verdad de Dios está intentando decirnos es que en virtud de su gracia, escribirá sus leyes sobre nuestros corazones y que pondrá nuestras vidas en conformidad con sus preceptos. Sencillo, ¿verdad? En lugar de sencillo, tal vez yo debiera decir que es algo más bien hermoso. ¿No es grato pensar que Dios está dispuesto a hacer esta obra en nosotros?

Fácilmente nos podemos dar cuenta de que en el espacio de un año se acumulaba una gran multitud de pecados dentro del santuario terrenal. Por esta razón era necesario purificarlo; es decir, borrar el registro de aquellos pecados y quitarlos de en medio del santuario, tal como está descrito en Levítico 16. Precisamente para eso era el Día de la Expiación: para purificar o limpiar el santuario. Dos machos cabríos de la misma edad eran traídos ante el sumo sacerdote, quien echaba suertes sobre ellos, y escogía uno para ser degollado y ofrecido en holocausto. Luego, su sangre era llevada dentro del santuario y rociaba sobre el propiciatorio para satisfacer los requerimientos de la Ley. Para lograr esto, el sacerdote tenía que pasar a través del velo y entrar en el lugar santísimo, lo cual se hacía solamente una vez al año. Así, figuradamente, reunía todos los pecados que habían sido perdonados y los llevaba consigo fuera del santuario. Después, ponía sus manos sobre la cabeza del chivo expiatorio y transfería todos estos pecados sobre él. Luego aquel chivo, símbolo de Satanás-el causante de todo mal-era conducido al desierto y dejado allí para que muriera. De esta manera se apartaban todos los pecados del sagrado recinto y se podía decir que el santuario ya estaba purificado.

Todo lo que acontecía en el santuario terrenal era un tipo, bosquejo, o sombra de la obra que Cristo está realizando ahora en el santuario celestial. En virtud de su propia sangre, él aboga por nosotros ante el Padre. Como lo dice 1 Juan 2:1, “Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo”.

Lo que es preciso que entendamos perfectamente es la obra final de expiación que Jesús, nuestro abogado personal, efectúa en el santuario celestial. No muchos cristianos tienen un concepto adecuado del santuario dentro del cual nuestro Señor actúa no sólo como nuestro Intercesor o Mediador, sino también como nuestro Abogado. Considerarlo bien: si aceptamos a Cristo y nos entregamos de corazón a él, él personalmente invocará su sangre en nuestro favor. Es algo tan maravilloso que se nos hace difícil creerlo. Nuestro Hermano Mayor intercede por ti y por mí ante Dios en el cielo. He aquí lo que sucede cuando nosotros confesamos nuestros pecados a Jesús: él se levanta ante el Padre en el cielo, muestra sus manos que llevan las marcas de los clavos y dice, “Padre, es mi sangre, mi sangre que he derramado por estos seres amados. En virtud de los méritos de mi sacrificio en el Calvario, ruego que aceptes mi vida inmaculada en lugar de sus vidas pecaminosas”.

La intercesión de Cristo en el cielo es una expresión de amor tan grande como lo fue su muerte en la cruz. El compasivo Salvador que sanó enfermos y resucitó muertos cuando estuvo en la tierra es el mismo que aboga por nosotros ante el trono de la gracia celestial. Su más profundo anhelo es que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Su mayor placer estriba en socorrer al alma que ha sufrido los estragos del pecado pero que acude a él ahora contrita y humillada amparándose bajo la sombra de la cruz que se extiende sobre el santuario. La intercesión que se lleva a cabo ahora en el cielo es una apasionada expresión del don inefable de la maravillosa gracia de Dios. Debemos estar agradecidos por tener un Abogado como Jesucristo. Él está presente ante el trono de Dios defendiendo tu caso. “Por eso”, dice Hebreos 7:25, “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”.

Desde el año 34 d.C., hasta el año 1844 Cristo ofició dentro del primer departamento del santuario, conforme a las condiciones del nuevo pacto. Pero en 1844 Cristo pasó a través del velo, tal como lo hacía el sacerdote en el santuario terrenal en el Día de Expiación, para purificar el santuario. Por eso leemos en Daniel 8:14, “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado” De modo que Cristo nuestro Sumo Sacerdote salió del primer departamento del santuario celestial en 1844 y entró en el segundo para concluir su obra de mediación y convertirse en nuestro Abogado.

Más pronto de lo que nos imaginamos Jesús concluirá su obra de purificación como Sumo Sacerdote, arrojará a un lado el incensario, y dirá, según Apoc. 22:11, “El que es injusto, sea injusto todavía; el que es impuro, sea impuro todavía, y el que es santo, santifíquese todavía” Luego de haberse proclamado ese decreto, Cristo nuestro Sumo Sacerdote cesará su obra de intercesión. Desde 1844, o sea, por espacio de más de ciento cincuenta años ha estado oficiando en la purificación del santuario celestial. Esta obra comienza primero con el juicio de los justos muertos, y concluye con el juicio de los

vivos. Pronto, pero muy pronto, Cristo "...aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan" (Hebreos 9:28). La expresión "sin relación con el pecado" significa que al venir ya no está atendiendo el problema del pecado. Viene para llevar a su pueblo al cielo.

Permítaseme recalcar la importancia de tener un abogado mediante otra ilustración. Hace muchos años había un contabilista que trabajaba en la ciudad capital de Rusia. Él sabía que los auditores venían y que descubrirían que él estaba en bancarrota. Era culpable de haber malversado los fondos para beneficio por su delito. Mientras meditaba tristemente sobre su error fatal, preparó una lista de todas sus deudas y anotó al pie de la lista la siguiente pregunta: "¿Quién va a pagar estas deudas?" En medio de su confusión, se quedó dormido sobre su escrito.

Dio la casualidad que Alejandro I, el Zar de Rusia estaba en gira por aquella comarca y visitó el edificio donde el hombre dormía sobre su escritorio. Al entrar en la oficina del contabilista, se dio cuenta de que estaba dormido. Se acercó al escritorio y vio el papel que estaba sobre él. Lo tomó y leyó la lista de deudas de aquel hombre. Cuando leyó la pregunta, "¿Quién va a pagar estas deudas?" sintió el profundo deseo de hacer el bien. Sacó su pluma dorada y escribió las siguientes palabras sobre el papel: "Yo, Alejandro". ¡Qué sorpresa se llevó aquel hombre al despertar! Conocía muy bien la firma de su señor y sabía que él cumpliría su palabra. ¡Se libró de la muerte!

Esto es exactamente lo que Cristo está haciendo por nosotros hoy día. ¡Qué lista más horrenda de pecado hay en los registros celestiales! Si nosotros pudiéramos ver la lista que hay allí de nuestros propios pecados, os desesperaríamos. Pero gracias a Dios que Jesucristo le dirá a todos los que han confesado sus pecados y se han arrepentido, "Yo, Jesús, borraré vuestros pecados". Demos gracias a Dios que nuestro Abogado es más que suficiente. Ahora mismo está listo para lavar nuestros pecados, y cuando lleguen los tiempos de refrigerio, los borrará para siempre.

No abusemos de la misericordia de Dios. Los pecadores que no se hayan arrepentido de sus pecados no se hayan arrepentido de sus pecados no gozará el privilegio de tener a Cristo como Abogado. Ciertamente Cristo les dirá: "Apartaos de mí, todos vosotros, hacedores de maldad" (Lucas 13:27). Éstos llevarán sobre sí la carga de su propia culpa y castigo, y pasado el milenio, serán atormentados en el lago de fuego (Apoc. 20:10).

Amigos míos, es menester que en este mismo momento nos pongamos en las manos de Jesucristo, nuestro gran Abogado, porque únicamente él es capaz de salvarnos.

Capítulo 7: Cristo la Respuesta.-

Hemos venido señalando en este estudio que el santuario terrenal era purificado una vez al año. Dicha purificación una vez al año. Dicha purificación se hacía en el Día de la Expiación, un día importante y solemne para el pueblo de Israel. Era un día sagrado en el cual se prohibía hacer toda clase de trabajo. Era la piedra angular de todo el sistema de sacrificios. Cualquier persona que no hubiese hecho las preparaciones debidas, afligiendo su alma y asegurándose de que todos sus pecados habían sido llevados dentro del santuario, era eliminada de su pueblo. Así lo leemos en Lev. 23:29. "Toda persona que no ayune en este día, será eliminada de su pueblo". De manera que el Día de la Expiación era una ocasión solemne porque todo el mundo tenía que examinarse a sí mismo con el fin de determinar si sus pecados habían sido llevados dentro del santuario.

Repasemos ligeramente cada uno los pasos necesarios para obrar la separación entre el pecador y transferir el pecado al santuario. Recordaremos que, en primer lugar, el pecador debía experimentar un verdadero arrepentimiento en representación del cual traía un holocausto a la entrada del Tabernáculo. Allí ponía sus manos sobre la cabeza del animal y confesaba su pecado. De este modo transfería sus pecados simbólicamente sobre el animal. Luego tomaba un cuchillo y degollaba la víctima inocente puesto que era necesario que ella muriese por sus pecados. Después, el sacerdote recibía en una vasija parte de la sangre que derramaba el animal, la cual figurativamente llevaba los pecados, y se dirigía hacia el santuario donde la rociaba sobre el velo. De este modo era perdonado el pecado del hombre y

transferido. Dado el elevado número de personas que participaban en este acto ceremonial, fácilmente se verá que en el transcurso de un año se acumulaba una enorme cantidad de pecado dentro del Tabernáculo. Pero Dios había dispuesto que una vez al año estos pecados debían ser quitados de en medio del santuario por medio de un proceso de purificación. En nuestro último estudio, vimos cómo el sacerdote tomaba parte de la sangre de la ofrenda por el pecado, la llevaba en una vasija al lugar santísimo y rociaba con ella el propiciatorio encima mismo de las tablas del pacto, indicando de este modo que se había cumplido con todos los requisitos de la Ley violada por el hombre. Después, figurativamente, cogía los pecados y los llevaba del santuario para colocarlos sobre la cabeza del chivo expiatorio que finalmente era conducido fuera del campamento del pueblo de Israel y soltando en un lugar descampado para que muriera. De esta manera quedaba purificado el santuario en el gran Día de la Expiación.

Hemos visto que el Señor Jesucristo entró a través del velo al lugar santísimo del santuario celestial en octubre de 1844 para iniciar una obra de expiación final. Ya han pasado ciento cincuenta años desde su comienzo, y a mí me parece que muy pronto esa obra cesará. La persona que no tenga la seguridad de haber confesado todos sus pecados y recibido el perdón se verá separada de Dios para siempre una vez se haya realizado el último acto de expiación en el cielo. Entonces Jesús se levantará y hará la siguiente declaración: “El que es injusto, sea injusto todavía, el que es impuro, sea impuro todavía; el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese más todavía” (Apoc.22:11). Nuestra única esperanza es el poder de Jesucristo mediante el cual podemos vencer el pecado. Cristo es la única respuesta al problema del pecado.

Pero hoy Satanás está propagando por todos lados una nueva filosofía que está diametralmente opuesta a las enseñanzas expuestas en los servicios del santuario. El enemigo hace pensar a los hombres que Dios pasará por alto sus pecados, o que éstos no serán descubiertos antes de la venida de Cristo. En Números 32:23 encontramos la siguiente amonestación a la cual debemos estar atentos: “Pero si así no lo hacéis, entonces habréis pecado ante Jehová, y sabed que vuestro pecado os alcanzará”.

Hace unos años, un periodista ambulante vio a un hombre que llevaba un bastón viejo sobre el cual estaban grabadas unas figuras algo raras. No hizo caso de ellas hasta que dos meses más tarde andaba por el mismo vecindario y se enteró que un anciano y su esposa habían sido matados a golpes. Nadie realmente sabía cuál había sido el motivo del crimen porque se trataba de una pareja de ancianos que todo el mundo quería bien. Según los informes oficiales, los golpes les habían sido propinados con una especie de palo. El periodista acudió a las autoridades y le dio una descripción de aquel hombre de bastón raro que había visto. No fue hasta seis meses después que el hombre fue descubierto, arrestado y enjuiciado. El hombre tenía una coartada o defensa para cada acusación. No podían comprobar nada en contra de él. El propio juez y también el jurado empezaron a sospechar que posiblemente aquel no era el hombre culpable del crimen. Eso es, hasta que súbitamente entró por la puerta de la sala del tribunal el periodista con un bastón ensangrentado en la mano. Lo había encontrado en un bosque cerca de la casa de las víctimas. Cuando el acusado, sospechado de haber cometido aquel horrendo crimen vio el bastón, empalideció y se estremeció de pies a cabeza. Entonces todos los que estaban en la sala del tribunal cayeron en cuenta de que verdaderamente él era el culpable. ¡Sabed que vuestro pecado os alcanzará!

Muchas personas hoy día piensan que pueden dar una respuesta razonable cuando se les pregunta por qué no hacen una entrega de su vida y pecados al Señor Jesús y le piden que defienda sus casos ante Dios el Padre. También tienen la habilidad de convencer a sus pastores de que son gente buena y que de seguro heredarán el reino. Sin embargo, ¡Dios conoce sus corazones! Hay personas casadas que engañan a sus cónyuges haciéndoles creer que se han mantenido fieles a los votos matrimoniales, ¡pero Dios conoce su verdadera situación! Hay hijos e hijas que logran convencer a sus padres de que son casi perfectos, ¡pero Dios conoce sus corazones! Hay otros que presumen de devotos y están convencidos que de alguna manera se salvarán al venir Jesús, ¡pero Dios conoce la realidad de su

situación! El señor dice: "... ¿no lo descubriría Dios?, pues él conoce los secretos del corazón" (Salmo 44:21).

Hagamos ver el asunto más claramente. Imaginémonos a un hombre joven casado y con hijos. Vamos a nombrarlo Jaime. Es un tipo guapo, tiene un magnífico empleo y es un ciudadano modelo. Paga sus impuestos al gobierno, goza de una buena reputación en la comunidad dentro del cual se desenvuelve y, hasta donde sabemos, asiste regularmente a la iglesia. No obstante, está convencido de que debe entregarse a Jesús, confesar sus pecados, y ser lavado en su sangre. Pero Jaime se mantiene indeciso. ¿Por qué? Bueno, quizá esté por medio de la observancia del sábado. Está conciente de que la Biblia enseña que el séptimo día es el verdadero sábado del Señor su Dios. Sabe que es parte integral de la divina Ley y que está bajo la obligación de guardarlo. Pero el problema, según él, es que la observancia del día del Señor le causaría algunos inconvenientes. Puede ser que también esté luchando con la idea de tener que pagar un diezmo fiel a Dios. Sabe que el diez por ciento de sus ingresos le pertenecen al Señor. Jaime es una persona que ha recibido múltiples bendiciones- una hermosa esposa y dos hijas, un buen auto y una buena casa, pero todavía anhela tener muchas otras cosas. En su opinión, el dinero no le alcanza para pagar el diezmo. Puede ser que tenga algún vicio secreto como el de usar tabaco o darse un trago en compañía de sus amigos cuando sale del trabajo. Jaime se engaña pensando que nadie está enterado de estas cosas, ¡pero Dios lo sabe! Puede ser que también esté apegado a algún placer mundanal que en su fuero interno sabe que va contrario a la voluntad de Dios, pero que se le hace difícil dejar. O quizá su verdadero problema sea que nunca se ha bautizado. Él sabe lo que dice Juan 3:5. "...el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios". Pero el bautismo es algo que siempre ha dejado para después. En fin, se trata de un joven de vida pecaminosa.

Bien, supongamos que cierto día algo inesperado le ocurre a Jaime. Desprevenido y distraído, tal vez pensando en su trabajo, cruza la calle. De repente lo atropella un carro y muere. El servicio fúnebre se lleva a cabo en una iglesia llena de amigos. El pastor, pensando que Jaime estaba preparado para entrar en el reino de los cielos, pronuncia un magnífico elogio. Pero ¿qué opináis vosotros? ¿Podrá Dios aceptar a este joven? ¿Le será posible al difunto hacer algo para corregir su registro de pecados y faltas en los libros del cielo? ¿Qué ha declarado Dios acerca del estado de los muertos? – “Porque los que viven saben que han de morir, pero los muertos nada saben, ni tienen más recompensa. Su memoria cae en el olvido. También perecen su amor, su odio y su envidia; y ya nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol... Todo lo que te venga a mano para hacer, hazlo según tus fuerzas, porque en el seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo ni ciencias ni sabiduría” (Ecle. 9:5-6,10).

La palabra de Dios establece claramente que, en vista de que Jaime está muerto, no puede hacer nada para remediar los errores del pasado. Murió y lo sepultaron, pero ¿es este el fin del asunto? De ninguna manera. Leemos en la Palabra de Dios que a este hombre le espera el juicio. Según dice Hebreos 9:27. “Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio...”

Hemos llegado ahora al punto fundamental concerniente al juicio y la purificación del santuario celestial.

En otoño de 1844, cuando Jesucristo entró en el lugar santísimo y se presentó ante el trono de Dios, empezó el proceso del juicio. No hay palabras más impresionantes en toda la Biblia que aquellas que describen la escena de este juicio: “Estuve mirando hasta que fueron puestos unos tronos y se sentó un Anciano de días. Su vestido era blanco como la nieve; el pelo de su cabeza, como lana limpia; su trono, llama de fuego, y fuego ardiente las ruedas del mismo. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; miles de miles le servían, y millones de millones estaban delante de él. El Juez se sentó y los libros fueron abiertos” (Daniel 7:9-10).

Considérese bien lo que ocurrió cuando este gran tribunal fue convocado en el cielo en el año 1844. El primer caso en tratarse sería el de Abel, a quien mató su hermano Caín. Fue el primero en morir entre los hombres. Abel era un pecador- “por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios...” (Rom. 3:23). A pesar de todo, creyó en el Salvador y complació a Dios. Tomó un cordero y

confesó sobre sus pecados, transfiriéndolos así sobre el animal. Y después el mismo lo degolló y lo ofreció en holocausto. Al abrirse en el cielo los libros que contenían los registros de los pecados de Abel, Jesucristo estaba ante la presencia de Dios abogando en su favor: “Mi sangre ha cubierto sus pecados. Quiero que él viva en el cielo con nosotros” Dios dirige su mirada hacia Jesús, y luego pronuncia estas bellas palabras: “Permanezca su nombre en el libro de la Vida”

Luego se pasó al siguiente caso. Realmente no sabemos cual fue el que siguió, pero vamos a suponer que el nombre de Caín, quien murió cierto tiempo después de Abel, fue el próximo en ser llamado. ¿Era Caín un hombre religioso? Parecería que no porque según el relato bíblico mató a su hermano. Pero al examinar el asunto de más de cerca, descubrimos que Caín verdaderamente era un hombre muy religioso. Caín presumía de justo y se presentó delante de Dios con una ofrenda de gratitud, pero no hizo confesión de pecado. En vez de ofrecer un cordero en holocausto por sus pecados, optó por traer vegetales tomados de su huerta. Erigió un altar y puso sobre él el fruto de su trabajo como ofrenda. Luego se arrodilló y oró, suplicándole a Dios que la aceptara. Pero Dios no podía aceptar este producto de la tierra como sustituto por el pecado. Nadie puede ganarse la salvación por medio de su propia justicia. Recordemos las palabras de Hebreos 9:22. “...sin derramamiento de sangre no hay remisión” Caín abuso de la misericordia y la gracia de Dios. No trajo un cordero para el sacrificio como representación de Jesús. Luego se enojó tanto porque Dios rehusó su falso sacrificio que mató a su hermano Abel. Todos estos hechos fueron registrados en los libros celestiales. Al abrirse los libros y salir a la luz el registro, ¿podría Cristo haber actuado como abogado de Caín? Que se sepa, no. No hay nada en la Biblia que indique que Caín era un verdadero creyente. No cumplió los requerimientos del Señor según estaban delineados en el sistema de sacrificio del santuario. Sólo podemos imaginarnos la gran tristeza que sentiría Cristo en su corazón cuando Dios dijo: “¡Anotad el nombre de Caín en el libro de la muerte!”.

De modo que el juicio trata los casos de todos los seres humanos que hayan vivido sobre la tierra. Toda persona es juzgada conforme al registro que haya en los libros del cielo. Cada individuo es aceptado o rechazado en base de la siguiente pregunta: ¿Ha cubierto la sangre de Cristo sus pecados?

Ahora, volvamos al funeral de aquel joven llamado Jaime que murió atropellado por un carro. Es posible que una persona viva a diario una vida más o menos buena sin realmente obedecer a Dios. ¿Qué le acontecerá a tal persona en el juicio? ¿Hizo Cristo todo lo necesario para que Jaime fuera salvo? Observad a Jesús mientras enseña las heridas de sus manos y de su costado herido, y luego dice: “Padre amado, yo di mi vida por aquel joven. Morí en el calvario por él. ¿Qué mas pude haber hecho en su favor? Escogió desobedecer y no aceptar mi sacrificio hecho para él. Por lo tanto, yo no puedo cubrir sus pecados con mi sangre”. Lenta pero seguramente el Padre dice: “¿Anotad su nombre en el libro de la muerte?”

¿Lo estoy haciendo demasiado real? Los servicios del santuario son fáciles de entender. Amigo mío, esto es exactamente lo que está sucediendo ahora mismo en el santuario celestial. La purificación del santuario en el cielo es algo muy real, y solemne también, sobre todo a la luz de la siguiente declaración: “Pronto-nadie sabe cuando-les tocará ser juzgados a los vivos” (CS:544).

Esto nos obliga a tomar el asunto más en serio, ¿verdad? ¿Estamos listos para que nuestro nombre sea llamado ante el tribunal divino?

Aunque su nombre fue borrado del libro de la vida, la historia de Jaime no ha concluido todavía, como veremos más adelante.

Cuando Cristo aparezca por segunda vez, habrá una resurrección: “El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos con los otros con estas palabras” (1Tes. 4:16-17) Jaime no tomará parte en la primera resurrección que ha de ocurrir en ocasión del segundo retorno de Cristo a la tierra. Solo aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero resucitarán entonces.

¿Pero que será de la familia de Jaime? Supongamos que al pasar el tiempo su esposa e hijas se convirtieron, vivieron fielmente observando los mandamientos de Dios, con la seguridad de que sus pecados estaban todos confesados y cubiertos con la sangre de Jesús, hasta que, al fin, ellas también pasaron a su descanso. Al regresar Jesús en las nubes de los cielos en compañía de sus millares de ángeles, contempla los sepulcros donde duermen sus santos, y con voz de arcángel ordena que despierten. Aquella madre y sus hijas saldrán de sus sepulcros revestidas de inmortalidad. Sin duda la esposa de Jaime resucitará con la expectativa de ver a su marido, y sus hijas esperarán ver a su padre. Cuando se den cuenta de que el sepulcro que estaba junto al suyo no se abrió sus ojos se llenarán de lágrimas. Luego, con gozo indecible serán arrebatadas en las nubes por los ángeles para encontrarse en el aire con su Señor y pasar los próximos mil años en el cielo. “Bienaventurado y santo que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre estos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años” (Apoc. 20:6).

Pero, ¿qué pasará con Jaime? ¿Dónde se encuentra él? ¿Cuál será su fin? Acerca de la segunda resurrección, dice Apocalipsis 20:5-“Pero los otros muertos no volvieron hasta que cumplieron mil años”. Al concluir los mil años, Cristo regresa a la tierra por tercera vez en compañía de todos los santos vivos, trayendo consigo la gran ciudad, la Nueva Jerusalén. En lo que desciende a la tierra, ocurre la segunda resurrección, que es la de los impíos. “Su número”-dice la Biblia “es como la arena del mar” (Apoc. 20:8), queriendo decir que son innumerables. Todavía están poseídos del mismo espíritu de rebelión en la misma renuencia hacia los Mandamientos de Dios que tenían en su vida anterior sobre la tierra.

Imaginémonos a Jaime saliendo del sepulcro en ocasión de esta resurrección final. Mira a su alrededor y ve la ciudad de Dios, la Nueva Jerusalén. Perturbado, dice: “¡Que raro! Esto no se parece a lo que yo acostumbraba a leer en mi Biblia”. Luego ve a todos los impíos de todas las edades que se mueven por todos lados. ¡Qué escena más impresionante! Pero algo anda mal. Se acuerda entonces de que no fue obediente a Dios ni siguió el camino de salvación señalado por Cristo enseñado por medio del servicio del santuario. Nunca se arrepintió ni confesó sus pecados. No transfirió sus pecados a Jesús ni aceptó su muerte expiatoria en su favor. No permitió que Cristo llevara sus pecados al santuario para que fuesen separados de su pecaminoso corazón.

Por lo tanto, Cristo no pudo defender su caso ante Dios. Con gusto Cristo hubiera cubierto sus pecados con su sangre y los hubiera borrado. Pero finalmente desciende de Dios fuego del cielo y devora a Jaime con todos sus pecados no perdonados. Al fin se cumple la escritura que dice, “Saber que vuestro pecado os alcanzará” (Números 32:23).

Pero esto no tiene que sucederle a ninguno de nosotros por cuanto Cristo ha provisto una hermosa vía de escape. Recordemos que Cristo puede perdonar y salvar a cualquier persona, no importa hasta que punto se haya sumido en el pecado. Nos dice el profeta Isaías: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta; aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18). Hay esperanza para todos nosotros. “Por eso puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

¡Claro que sí! Cristo es la respuesta. Solo él puede salvarnos. Por su justicia él puede presentar nuestro caso ante el Padre y considerarnos justos, como si nunca hubiésemos pecado. Aunque nos parezca increíble, es la pura verdad. No te dilates. Ven confiadamente a Jesús. El Salvador expiará tu pecado y será tu Abogado personal.

Recuerda siempre que en cuanto a pecado y necesidades del alma se refiere, ¡Cristo es la respuesta! Acude a Él sin demora.

Autor: Lawrence M. Nelson